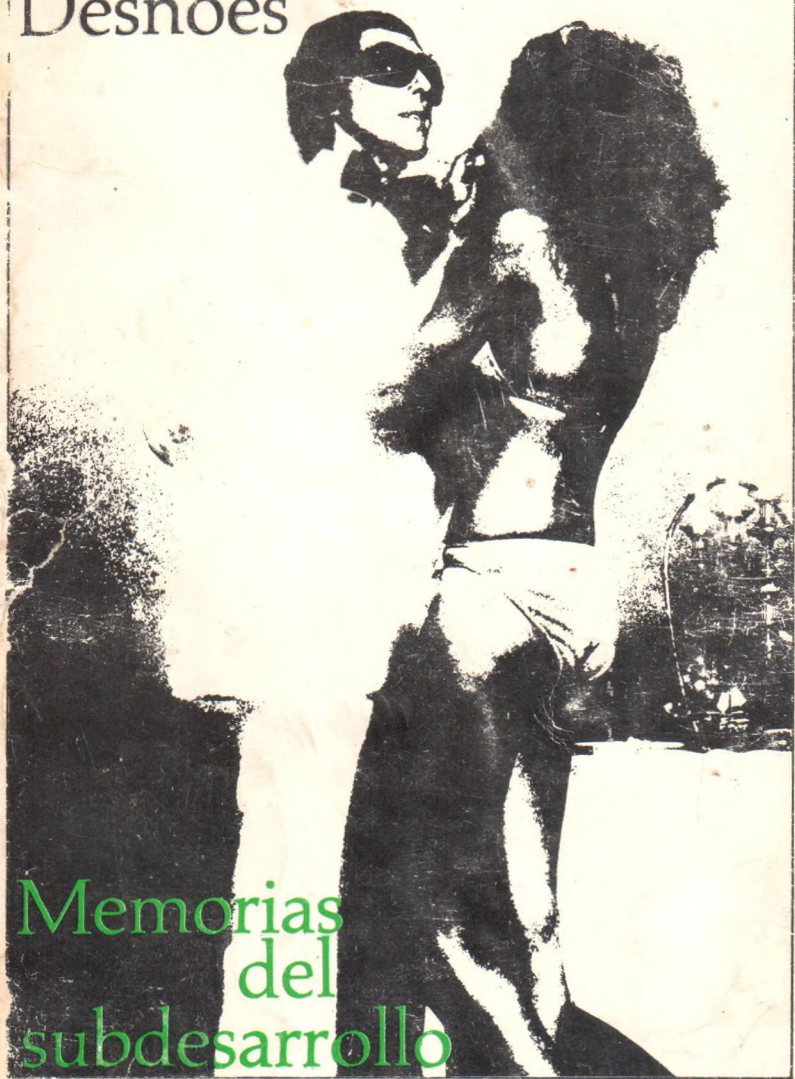


Edmundo  
Desnoes



Memorias  
del  
subdesarrollo



*serie del volador*







**EDMUNDO DESNOES: MEMORIAS DEL  
SUBDESARROLLO**

JOAQUÍN MORTIZ • MÉXICO

*serie del volador*

Edmundo Desnoes

*Memorias del  
subdesarrollo*



Primera edición (La Habana, Casa de las Américas), 1965  
Primera edición en la Serie del Volador, agosto de 1975  
Segunda edición, octubre de 1977  
Tercera edición, marzo de 1980  
D.R. © 1975, Editorial Joaquín Mortiz, S.A.  
Tabasco 106, México 7, D.F.  
ISBN 968-27-0094-9



# MEMORIAS DEL SUBDESARROLLO

*Esas naciones me parecen, pues, solamente bárbaras, en el sentido de que en ellas ha dominado escasamente la huella del espíritu humano, y porque permanecen todavía en los confines de su ingenuidad primitiva.*

MIGUEL DE MONTAIGNE

*En el marxismo la filosofía burguesa encuentra la forma de su supresión: pero la supresión envuelve el movimiento mismo de lo que ella es supresión, en tanto que lo realiza, suprimiéndolo.*

TRAN - D U C - T A O

*No soy lo que soy, soy otro.*

JOSÉ TRIANA

Todos los que me querían y estuvieron jodiendo hasta el último minuto se han ido ya. Primero tuve deseos de salir corriendo en cuanto besé a la vieja —Laura no quiso ni siquiera darme la mano— pero luego decidí subir a la terraza y quedarme hasta el final. El avión se arrastró torpemente y rugió por la pista; después se perdió en silencio por el aire.

La vieja tenía la mejilla húmeda y empolvada cuando el viejo me abrazó, el pesado abrigo azul cayó al suelo de granito, y se pasó el resto del tiempo desempolvándolo nerviosamente. Yo creo que Laura estaba medio arrepentida de haberme dejado. Allá en el Norte tendrá que trabajar, sí, hasta que algún verraco decida casarse con ella —todavía es bonita y está buena— y la mantenga como yo la mantenía. Creo, además, que me quería. A su manera. No podía dar más de lo que dio. Se acordará de mí, estoy seguro, mientras tenga que pasar trabajo. En cuanto le resuelvan sus problemas —y no tiene muchos— se olvidará de mí. Eso es todo. Laura lo que quiere en la vida es comodidad y un poco de romanticismo. El comemierda he sido yo, que trabajé para mantenerla como si hubiera nacido en Nueva York o París —y burguesa, como dicen aquí ahora— y no en esta isla subdesarrollada. Y el talento que tengo lo he desperdiciado todos es-

tos años entreteniéndola, llevándola a países civilizados, tratando de refinarla, haciendo un tremendo esfuerzo para que nuestras relaciones no cayeran en el “mi Chino lindo” y las recriminaciones. Logré que aprendiera a vestirse y a leer novelas norteamericanas y francesas . . . pero eso no era lo que yo quería. Ella es un animalito y yo soy medio comemierda. Un animalito de lujo.

Me alegro de haberme quedado solo en el apartamento, sin familia y casi sin amigos en Cuba. Yo no me muevo, no me voy. Pablo es el último amigo íntimo que me queda aquí y dice que está sacando los papeles para largarse. Me alegro porque yo lo que tenía montado era un gran teatro: ni me importaba la elegancia de mi mujer, ni quiero a mis padres, ni me interesaba ser el representante de la Simmons en Cuba (yo no he nacido para vender y fabricar muebles), ni mis amigos lograban otra cosa que aburrirme.

Por ahora no quiero escribir más; la verdad es que me siento mal, triste con mi nueva libertad-soledad.

No tengo ganas de hacer nada. Estoy aquí sentado ante la máquina de escribir porque me duele ya la cabeza de tanto dormir. Me siento intoxicado de sueño. Llevo años diciéndome que si

tuviera tiempo me sentaba y escribía un libro de cuentos y llevaba un diario para saber en realidad si soy un tipo superficial o profundo. Porque uno no para nunca de engañarse. Y sólo podemos escribir la vida o la mentira que realmente somos. Ahora tengo ganas de volverme a tirar en la cama. Me voy.

¿Cómo explicar lo que siento hoy? Es como si me derrumbara por dentro; como si la soledad fuera un cáncer que me estuviera comiendo. No se ve ahora cuando me miro la piel del brazo, o la cara en el espejo; todo pasa por adentro. Las palabras no sirven. Me siento tan mal que no quiero hablar ni escribir. Hoy tengo que salir a la calle. A caminar por La Habana; ver movimiento, otras cosas, gente. ¿Laura? La verdad es que yo no quiero a nadie. Hasta las teclas que estoy apretando nada tienen que ver conmigo, no me entienden, me rechazan. ¡Qué mal me siento!

Acabo de cortarme las uñas de los pies. Ya estoy convencido de que soy un egoísta sin remedio. Me pasé como media hora podándome las uñas, sosteniendo en las manos mis dedos deformes. No me produjeron ninguna repugnancia, aunque basta que le vea el pie a cualquier persona,

hasta tratándose de una mujer hermosa, para que sienta ganas de vomitar. Y, sin embargo, mis pies no me producen asco. Eso que pasan todo el día comprimidos en un ajustado par de zapatos, y sudan enfundados en las medias. Y uno camina con los pies. Fijándose en los pies uno ve que está muy cerca, que es un animal. Tal vez el arco es lo único atractivo. Algunas mujeres lo tienen muy espiritual. Los pies planos son como ventosas. Los dedos esmirriados es lo más desagradable de nuestro cuerpo. Todo el mundo debería cortárselos. Lo malo es que perderíamos el equilibrio. ¿Podríamos caminar sin caernos si nos amputaran los dedos atrofiados del pie?

Moverse es bueno: mover las piernas, el cuerpo, los ojos, los recuerdos, todos los sentidos . . . Así maté la soledad y la tristeza que tenía encima. Estuve como tres horas dando vueltas por La Habana; viendo a la gente caminar, conversar, parar la guagua, gritar, sonreír, tomar café —comprendí que mi tristeza era estúpida.

Entonces me puse a mirar a las mujeres. A fijarme en las que encontraba por donde iba caminando. Lo más extraordinario de la mujer cubana es que siempre te mira a los ojos; nunca rehuye dejarse tocar y tocarte con los ojos. Eso nunca me pasó en Europa ni en Estados Unidos.

Allá todo el mundo va a lo suyo. Mira que he tratado de buscarle los ojos a las mujeres en Nueva York y París, pero nada. Te miran como uno mira un semáforo para cruzar la calle. Tal vez las italianas miren un poco más. Ahora, eso sí, nunca sostienen la mirada como las cubanas.

Entré a ver lo que había en una librería de Galiano, al lado del cine América. Vi a una mulatica canilluda, con unas piernas cobardes, pero con una cara preciosa. Me miró más que a los discos que estaba ojeando. Yo me hice el indiferente, aunque por dentro empecé a embullarme. Luego cogió y se fue. No le dije nada; no me dijo nada. Me dejó con ganas de continuar el jueguito hasta ver qué pasaba.

Necesitaba un peine de bolsillo. Se me había roto al sentarme en la guagua. Tenía las dos mitades en el bolsillo, junto al pañuelo. Lo recuerdo bien porque varias veces traté de sacarlo para peinarme y me dio vergüenza sacar un mocho de peine. Pregunté en varias vidrieras y me dijeron “no hay”. Entré al tencén y tampoco, “se acabaron”. ¡Mira que hacen falta cosas para vivir estúpidamente!

En estos días no hay refrescos. Nunca pensé que la producción de refrescos pudiera paralizarse por falta de corcho para las tapas de las botellas. El corcho de mierda ese que yo le sacaba a las tapas de muchacho para luego aplanarlas a martillazos y abrirles dos agujeritos con un

clavo y hacerme con un hilo un disco que giraba y cortaba. Un día por poco me amputan un dedo jugando así. En esa época, ni después, la verdad, yo jamás pensé que un país necesitara tantas cosas insignificantes para funcionar sin que se vieran las costuras. Ahora todo se ve. Vivimos suspendidos sobre un abismo; la cantidad casi infinita de detalles que hay que controlar para que todo fluya con naturalidad es agobiante. El peor castigo que podrían imponerse sería preparar, averiguar como sea, una lista de todas las cosas que hay que comprar en los países comunistas, ahora que Estados Unidos no da ni dice dónde hay. No saben la clase de berenjenal en que se han metido.

No encontré un peine por ninguna parte. Pero me sirvió de excusa para caminar por toda La Habana. Caminé pensando que podría escoger la mujer que quisiera. Las miraba y sentía que se daban cuenta de que yo estaba solo, disponible; que lucía bien, tenía cara inteligente y hasta suficiente dinero para que las relaciones no fueran sórdidas. ¡En el fondo soy un cubanito de mierda! Me estaba engañando, nadie se daba cuenta de nada. Las mujeres me miraban como siempre me han mirado; todo era una idea que yo me había hecho. Me engañaba como siempre me he engañado. Nadie podía darse cuenta de que yo estaba solo, de que mi mujer me ha-



bía abandonado; triste y jodido buscando una compañera por las calles.

Desde que se quemó El Encanto la ciudad no es lo mismo. La Habana parece ahora una ciudad del interior, Pinar del Río, Artemisa o Matanzas. Ya no parece el París del Caribe, como decían los turistas y las putas. Ahora parece más una capital de Centroamérica, una de esas ciudades muertas y subdesarrolladas, como Tegucigalpa o San Salvador o Managua. No es sólo porque destruyeron El Encanto y hay pocas cosas buenas en las tiendas, pocos artículos de consumo de calidad. Es la gente también; ahora toda la gente que se ve por las calles es humilde, viste mal, compra todo lo que ve aunque no le haga falta. Ahora tienen un poco de dinero y lo gastan en cualquier cosa; pagan, por mi madre, hasta veinte pesos por un orinal si se lo ponen en una vidriera. Se ve que nunca han tenido nada bueno. Todas las mujeres parecen criadas y todos los hombres obreros. No todas y todos, casi todas y todos.

Regresé a casa cansado y me metí en la cama con la novela de Eddy. La encontré en La Epoca. No voy a opinar hasta que la termine.

Tenía intención de poner la fecha y la hora cada vez que me sentara para escribir algo. Acabo de bajar a buscar en la sala el periódico de hoy; no

lo encontré, a lo mejor lo botó la criada. Ahora me doy cuenta: eso de poner la fecha es una tontería, no tiene sentido. Hoy para mí es igual a cualquier día que pasó o a otro que vendrá *Feeling tomorrow just like I feel today . . . I hate to see that evening sun go down.*

Quitó todas las fechas. Si algo cambia ya se verá por lo que voy anotando. No tengo que dormir por la noche ni por la mañana ir al trabajo. El tiempo ahora es un capricho. ¡Cuántas convenciones uno acepta sin preguntarse siquiera si vale la pena respetarlas!

Ayer por fin me quedé todo el día en casa. No vino Noemí. Me da una sensación extraña caminar por las habitaciones; la casa se está convirtiendo en una caverna. Me siento al mismo tiempo protegido y abandonado entre sus paredes. Es una caja de resonancias cuando pasan las guaguas y los automóviles por la calle, especialmente el freno de aire de los autobuses, es como el quejido, la protesta del motor. Pensar eso es una estupidez. Las máquinas no se quejan ni un carajo. Aunque estoy en un cuarto piso me siento como debajo de la tierra. A veces pienso que es debido a la forma en que construyeron el apartamento; otras, que soy yo. En la sala, como es un apartamento duplex, me siento metido en un pozo.

Ya me preparo el desayuno como un autómatas. El café, la leche condensada, las tostadas.

Esta mañana me asombró el eructo tan ruidoso que solté cuando terminé de tomar el café con leche y me quedé mirando los techos del Vedado y el mar por la ventana. Me estoy convirtiendo en un animal. Como no hay nadie en la casa no me aguanto nada. Me acordé de mi padre soltando peos y eructando solo en el portal los domingos. ¡Me alegro de no tener que ir más los domingos a ver a los viejos!

No puedo permitir que me vuelva a pasar. Aunque no haya nadie en la casa debo portarme como un hombre civilizado. Me avergonzaría terriblemente si alguien hubiera oído mi eructo de bestia satisfecha. Eructo de viejo que ya ha perdido el control de su propio cuerpo.

Dejó casi todo en la gaveta, igual que si estuviera todavía viviendo aquí conmigo. Todavía no sé si botarlo todo o dejarlo ahí; no estoy seguro si sus cosas me tranquilizan o espantan. Abrí la gaveta larga y estrecha de la cómoda y me quedé un rato embobado mirando toda esa mierda sin tocar nada. No entiendo cómo no recogió todo antes de irse, o se lo dio a una amiga, o regaló a la criada. Todo menos dejar sus cosas ahí como si todavía estuviera en este mismo momento tirada en la cama leyendo *La balada del Café Triste*, el libro que dejó sobre la mesa de noche.

Yo lo hubiera botado todo. Me desazona dejar atrás de mí algún rastro, las huellas, cual-

quier objeto que los demás pudieran utilizar para juzgarme, para destruirme. (Quisiera que sólo quedara el orden que yo he dado a mis cosas. Yo, como dijo Montaigne, sé más que nadie sobre mí mismo.) Laura no ve así las cosas. Conté dieciocho creyones de labios diferentes. ¡Y eso que decía que ya no había nada en La Habana! Sin contar los que seguramente se llevó. Algunos estaban casi gastados, pero había otros nuevos. Estuve enroscando y desenroscando uno y creo que no hay nada más obsceno que un creyón de labios. Los nombres de los colores sí son exóticos: *Black Magic*, *Café Espresso*, *Mango Sherbet*, *Pink Champagne*, *Aqua Rosa*, *Pastel Red*, *Chianti* . . . Tonos con ligeras diferencias. La verdad es que nunca me fijé bien en cómo cambiaba el tono rosado de sus labios de acuerdo con la hora del día y el vestido. Me lo perdí. De vez en cuando sí me fijaba; pero generalmente estaba ciego. Nunca he vuelto a disfrutar el sabor de la pintura de labios como cuando de adolescente besaba a una pepilla o a Gloria, mi primera novia. Creo que la textura y el sabor de la pintura de labios era lo que más me excitaba. Cuando llegaba de noche a la casa, en mi habitación, casi me producía de nuevo una erección mirar el pañuelo manchado de rojo.

Dejó todas las joyas chinas que últimamente traía cada vez que se iba de compras. Decía que era lo único nuevo que había en La Habana.

Creo que tampoco le hubieran dejado sacar todas las joyas porque vi que dejó hasta uno de sus collares de perlas; la única joya que, me parece, la convencí de que debía usar regularmente. Creo que realmente la enseñé a apreciar la sencillez de las perlas. ¡Buena mierda!

Froté entre los dedos uno de los pares de medias que dejó y escuché con deleite cómo crujían las fibras sintéticas, igual que cuando le rozaban las piernas al caminar. Luego cogí una horquilla y me estuve hurgando en la oreja, sacando la cera primero y después simplemente rascándome, hasta que vi la cara de comemierda que tenía contemplándome en el espejo de la cómoda. Tenía los ojos en blanco como los místicos o los amantes.

He llegado a la conclusión de que me alegra ver sus cosas así en las gavetas y la ropa en el clóset y los zapatos tirados allí adentro. Es casi como si aún la tuviera. En realidad estaba hecha de todas las cosas que se ponía y guardaba. Los objetos que la rodeaban y utilizaba eran tanto parte de ella como su propio cuerpo. Los objetos son menos ingratos que las personas. También dejó un vulgar *Chanel No. 5*. Laura era la suma de todas esas cosas. Con todo lo que me dejó puedo hasta hacer el amor con ella de nuevo.

Lo único que realmente me revienta es que dejó la moneda romana. En eso me tenía en-

gañado: nunca le gustó. Sí, es verdad, la primera vez que le enseñé la moneda gastada y verdosa hizo una mueca que no pude precisar si era de asco o de sorpresa. Ahora sé que fue de asco. Cuando se la mandé a montar en Roma mismo, fuimos juntos a recogerla en una joyería de la Vía Veneto. Y se la puse, mientras ella misma se levantaba el pelo de la nuca. ¿Cómo fue que me dijo una vez aquel italiano calambuco? *La sensualità provocata della donna . . . una delle prime cause della putrefazione e morte dell'anima.* Algo así.

Tiene la figura de una mujer por un lado, todavía se distinguen los pliegues de la túnica. Por el otro lado tiene el perfil de un emperador. Nunca me molesté por averiguar de qué época era ni cuánto valía. Pagué un chorro de liras . . . Simplemente me gustó y me puse a pensar en los cientos de personas que habían utilizado la moneda y que ahora estaban muertas; casi me pareció ver a un criado romano comprando anguilas en el mercado.

Eso fue lo que más me molestó, ver que había dejado la moneda romana. Prefiero los objetos a las personas. Por eso no me siento tan solo en la casa: los sillones, los libros, la cama, las sábanas limpias, el refrigerador, la bañera con agua fría y caliente, el azúcar, el café, los cuadros y todo lo que hay regado por los cuartos —todo eso me acompaña.

Vi a Pablo. Es tan mezquino como esa oración corta. Vi a Pablo. Lo que más me atormenta es sentirme mal con casi todo el mundo. La gente me parece cada día más estúpida; y yo no soy más inteligente ahora. ¡Pensar que durante más de cinco años anduvimos juntos todo el tiempo! Esther, su mujer, hablaba poco y miraba mucho; por eso me gustaba. Los cuatro andábamos juntos todo el tiempo: dos noches a la semana íbamos al cine, los viernes por la noche a cualquier cabaret y pasábamos el sábado y el domingo en la playa. Lo importante era no aburrirse. Ya veo, recordando ahora, que perdí mi tiempo miserablemente.

Creo que andábamos juntos porque a Pablo le gustaban las películas morbosas, como *Rashomon*, *La nieve está sucia* y *De repente en el verano*, y porque tenía una impresionante habilidad para verle los defectos a la gente. Por eso más que nada. El fin de semana en la playa lo pasábamos tirados en la arena comentando sobre la gente allí. Jamás olvidaré lo que dijo un día que pasó Anita Mendoza y no lo saludó. “¿Tú te imaginas? Anita, con lo buena que está, tiene la barriga llena de frijoles negros. Yo la vi almorzando hoy en la terraza.” Cada vez que veo a una mujer bonita no puedo dejar de

mirarle furtivamente a la barriga y preguntarme: ¿Qué habrá comido hoy?

Fue, aunque parezca un chiste, un golpe mortal para mi visión romántica del amor, hasta del amor carnal. Si en lugar de frijoles negros —uno siempre los imagina espesos y diabólicos— hubiera sido pato trufado, galantina de faisán, salmón, suflé de queso, yo no sé, hasta pastel de manzana o gelatina de frambuesa, cualquier cosa menos frijoles negros, no me hubiera roto la *weltanschauung*.

Es sabroso, aunque todavía no haya sido civilizado, un buen plato de frijoles negros. Eso ocurre con todo lo que nos rodea: está hundido en el subdesarrollo. Hasta los sentimientos del cubano son subdesarrollados: sus alegrías y sus sufrimientos son primitivos y directos, no han sido trabajados y enredados por la cultura. La revolución es lo único complicado y serio que le ha caído en la cabeza a los cubanos. Pero de aquí a que nos pongamos al día con los países civilizados pasarán muchos años.

Ya para mí es muy tarde. Rimbaud tiene menos derecho que yo a exclamar: *Il m'est bien évident que j'ai toujours été race inférieure. Je ne puis comprendre la révolte. Ma race ne se souleva jamais que pour piller: tels les loups à la bête qu'ils n'ont pas tuée.*

Está bueno ya de soltar mierda.

Pablo se va. Es un cretino redomado. Ahora



lo veo perfectamente; cada vez que abre la boca dice alguna estupidez. El se burlaba de la gente de sociedad por divertirse y no para destruirlos. ¡Eso es lo único que tengo que agradecerle a la revolución: haber jodido a los cretinos que mangleaban todo aquí! No puedo decir gobernaban porque no tenían idea de lo que era una clase dirigente. Jamás leían un libro; creo que una vez oí decir a Mestre que había leído un libro muy interesante: *The Revolt of the Masses*; había leído a Ortega en un librito de bolsillo, eso no era lo malo, y en inglés, eso sí es el colmo.

Las damas cubanas se vestían como putas. Por lo menos en el pueblo eso tiene gracia: las mujeres con los vestidos llamativos y ajustados al cuerpo; pero en la burguesía cubana daba lástima ver esas mujeres llenas de joyas, parecían las queridas de algún comerciante judío de la calle Delancey en Nueva York.

Ahora recuerdo al medicucho ese, descendiente de una vieja familia, ya degenerada —el bisabuelo peleó en la guerra del 68—, que nos encontramos en París. Se burlaba de la medicina francesa, decía que en Cuba la medicina estaba más adelantada porque tenían el último pulmón de hierro y el último tipo de bisturí fabricado en Estados Unidos. No tenía idea de la experiencia y el pensamiento acumulados en los mejores hospitales franceses aunque no tuvieran

el último antiséptico perfumado. Son los genios del diagnóstico. Laura enseguida lo secundó: dijo que en París todo el mundo apestaba y que los baños eran del año de la nana. Miré a Laura desconcertado —yo la admiraba de tan superficial que era— y le dije al doctor que sólo sabía de medicina lo que un chofer del motor de su automóvil. Se lavó las manos dos veces: una antes de almorzar y otra después. Lo hizo, estoy seguro, sólo para impresionar a Laura.

No puedo pensar en la burguesía cubana sin echar espuma por la boca. Los odio tiernamente. Me dan lástima: por lo que pudieron haber sido y no fueron por imbéciles. Mira que en una época traté de convencerlos para que se metieran en política, estudiaran lo que pasaba en el mundo; insistí en que había que modernizar el país: acabar con los bohíos y la sabrosura cubana, obligar a todo el mundo a estudiar matemáticas. Nada. Y con ellos me hundí yo también. Ahora solo.

Pablo es uno de ellos, de la misma camada. Cree, cree que como ya no importan colas de pato el gobierno se va a caer. Es tan cretino que dice que todo el mundo está contra el gobierno. Pablo tiene tendencia a proyectar sus sentimientos, a pensar que él es la medida de todas las cosas: si Pablo está descontento, todo el mundo está descontento, porque él es el pueblo de Cuba; los demás no existen, son sólo un reflejo de sus humores. ¡Después de Playa Girón! Se

pasa todo el tiempo hablando del descontento de la gente. Que los guajiros no quieren trabajar. No sabe lo que es un Estado moderno. El poder y los recursos diabólicos que tiene a su disposición: ¡Ahora sí hay un Estado en Cuba!

Pablo ve una cola y sonrío. ¡Comemierda! Sonríe como un santo ante la imagen resplandeciente de Dios. Dice que lo único que el cubano no aguanta es pasar hambre. ¡Con el hambre que ha pasado el pueblo de Cuba desde que llegaron los españoles! Los lavaderos de oro, los barracones de negros, la guerra de independencia, la reconcentración . . . La crisis de los treinta; veinte huevos por una peseta y no había cubano humilde que tuviera una peseta. Lo jodido es que yo he visto y me he fijado en todo más de lo que me conviene, y he leído demasiado. Por eso estoy paralizado aquí.

Es tan iluso que ya está pensando en el negocio que abrirá cuando regrese. Eso después de que los yanquis maten a todos los comunistas y le devuelvan a los cubanos decentes la isla de Cuba. ¡Ay, Pablo, Pablo! Le di *To the Finland Station* de Edmund Wilson, para que tuviera aunque sea una noción del desarrollo de las ideas sociales, del socialismo, desde la Revolución Francesa hasta la Revolución Rusa. Estoy seguro de que ni lo abrió cuando llegó a la casa. Me dejará tranquilo cuando se vaya el mes que viene.

Todos son unos ilusos. La contra, porque vive convencida de que recuperará fácilmente su cómoda ignorancia; la revolución, porque cree que puede sacar a este país del subdesarrollo.

Acabo de prender un cigarro. Llevo más de veinte años fumando y todavía no sé si me gusta o no me gusta el tabaco. *That's the story of my life*. Sí, después de comer me gusta, me quita el sabor a comida. Otras veces el humo, el sabor ardiente, ver cómo algo se consume resulta una distracción. He decidido ahora fumar sólo cuando sienta el deseo y nunca encender un cigarrillo cuando esté simplemente aburrido. En eso Eddy tenía la razón. No quiero huir más del hueco que llevo adentro. Quiero sentirme solo y ver hasta dónde puedo llegar, si llego al fondo de mi vacío. ¡A veces no aguanto y me voy hundiendo en mi cuerpo! Ya machaqué la punta del cigarro en el cenicero de bronce.

Dondequiera hay trampas. Ahora tengo un nuevo vicio irritante: vivir pendiente de las visitas de Noemí. Tres veces a la semana viene a limpiar el apartamento. Durante dos o tres horas está en la casa y entonces soy otra persona. Todo lo hago por ella; con plena conciencia de que me oye y me puede ver. Ahora mismo la oigo limpiando abajo en la sala. Me puse a escribir para que no pensara que soy lo que soy: un

vago. Por eso también me puse a fumar; seguro que oyó el ruido del fósforo y huele el tabaco. La mirada del otro puede cambiarle la vida por completo a uno. Y convertir todos los días en mera pose, en el acto que uno escenifica para los demás. Eso es lo que ha sido mi vida hasta que todos se fueron y me dejaron solo.

Estoy nervioso porque deseo a Noemí. Acaba de pasar sonriendo ante el marco de la puerta. Quiero meterle mano y no me atrevo. No sé si me rechazará. Sería irritante; me vería obligado a despedirla, no verla más, y buscar otra muchacha para limpiar la casa y llevar la ropa a la tintorería y recoger mi cuota de abastecimientos. La vida está hecha de ansias insaciables y banalidades. ¿Qué pensaría Noemí si leyera por encima de mi hombro la mierda que voy escribiendo!

He tratado de caerle simpático. El otro día llegó mientras yo estaba desayunando y la invité a tomarse un café con leche. Aceptó y se sentó enseguida conmigo a la mesa. En realidad me asombró. Pudo haber sido por dos cosas: hambre o satería. Todavía lo estoy pensando. Nació en Matanzas y es protestante. Llevaba más de un año limpiando la casa y nunca me había fijado que tenía los ojos achinados; con los ojos abiertos los párpados desaparecen por completo. No se le ve el borde carnoso del párpado cuando mira fijamente; es como si le hubieran abier-

to los ojos con un tajo limpio. Cuando me dijo que era protestante, le pregunté —no se me ocurrió otra cosa—: “¿Por qué?” “No sé”, me contestó y no quise preguntarle más, no fuera a pensar que me estaba burlando. Eso sí, le pregunté si la habían bautizado en el río Yumurí, y se pasó un buen rato explicándome los preparativos de la ceremonia, la bata blanca que se había tenido que hacer. Mientras lo explicaba yo me veía cargándola y sumergiéndola en el agua para contemplarla luego con el vestido mojado todo adherido al cuerpo. La podría cargar con facilidad, es menuda; me da la impresión de que tiene los huesos llenos de aire como los pájaros. Si se arreglara un poco —no se hiciera ese repugnante permanente de caracolillo en el pelo— y se vistiera mejor sería muy atractiva. Tiene el cuerpo de una modelo de *Vogue* o *Harper's Bazaar*. Es delgada pero las pocas masitas que tiene están todas en su debido lugar.

Ahora está en la habitación; seguro que piensa en mí cuando me tiende la cama. Tengo deseos de ir al cuarto y abrazarla, sin decirle nada, simplemente abrazarla, y ver qué pasa.

No me atrevo.

Noemí. ¿Ese no es un nombre de la Biblia? Tengo que buscarlo.

¿Y si no me rechaza? Sería volverme a complicar la vida con una mujer. Me empezaría enseguida a pedir cosas y vendría a vivir conmigo

y me haría la vida insoportable. No quiero buscarme problemas. Estoy mejor así. Poseerla sería mucho más fácil que deshacerme de Noemí. Siempre me interesa convertir a las mujeres en la imagen que tengo de ellas, y eso me ocuparía mucho tiempo. Me dejaría sin energía para escribir y pensar. No puedo caer siempre en los mismos vicios. Prefiero tener relaciones con una puta.

Fui al cine para huir de la gente de carne y hueso y me topé con unas amigas pitirres de Laura. Entraron abajo; no me vieron. Subí al balcón para no tropezar con ellas ni en la oscuridad. Eso que siempre me siento en la cuarta o quinta fila pegado a la pantalla. Me gusta que las imágenes me envuelvan. Por eso no me gusta la televisión: los muebles, mi cuerpo, todo es más grande, impresiona más que la imagen borrosa del televisor. No puedo olvidarme de mí mismo mirando la televisión.

Pensé vivir en el cine sin buscarme problemas, sin sentir la baba pegajosa de mis semejantes. Era la segunda vez que veía *Hiroshima, mi amor*. Ya he visto varias películas de los “países amigos”, así llaman ahora a los “países satélites” de hace apenas unos años. ¡Es fabuloso cómo cambian todas las cosas y nadie se vuelve loco! No me disparo una más. Me deprimen enorme-

mente; huelen a viejo, a bolas de naftalina como el escaparate de tía Angelina; además, todo me parece tan remoto y sórdido que me siento más solo de lo que realmente estoy.

*Hiroshima, mi amor* es una bomba de profundidad; no recuerdo nada parecido desde *Rashomon*, la película que cambió por completo mi sentido de la realidad. La mezcla del amor y la destrucción me llenó de calma y tristeza. Tuve que hacer un esfuerzo para no virar la cabeza mientras pasaban las víctimas achicharradas y paralizadas por la bomba atómica. (Leí que aún hoy, más de quince años después, siguen enfermándose y muriendo los japoneses que sólo bañaron las radiaciones de Hiroshima y Nagasaki.) Nunca he sentido que existe nada más allá de mi cuerpo, creo que somos más una máquina que un alma encarnada, una máquina electrónica, pero una máquina; por eso me afectó tanto ver cuerpos mutilados. El cuerpo es lo único que tenemos para desear y odiar a los demás. ¡Mira que la crítica dijo mierda en los periódicos! Hasta Eddy escribió algo en *Lunes de Revolución* cuando la estrenaron.

Emanuelle Riva parece capaz de todo sin escandalizarse. Verde, madura y podrida al mismo tiempo. Dijo una frase que se me quedó clavada en el cerebro; *J'ai désiré avoir une inconsolable mémoire*. Creo que la civilización consiste sólo en eso: en saber relacionar las cosas, en



no olvidarse de nada. Por eso aquí no hay civilización posible: el cubano se olvida fácilmente del pasado: vive demasiado en el presente.

Fui a ver la película otra vez porque se me habían escapado algunos parlamentos. Hubo dos o tres cosas que no entendí bien —hasta el francés se me está olvidando— y cuando traté de leer los subtítulos vi todas las letras rotas y carcomidas. Le pregunté al tipo a mi derecha si podía leer los letreros y me respondió: “Perfectamente.” Me pasé el resto de la película tratando de leer los subtítulos. Me voy quedando ciego. Casi al final le pregunté al tipo a mi izquierda, me dio pena porque estaba en otra cosa, pero quería estar seguro. “Yo veo muy bien las letras”, y volvió a pasar el brazo por detrás de la mujer.

El oculista me dijo que tenía un poco de miopía. Me mandé a hacer los espejuelos para ver bien de lejos. Tengo que irlos a recoger la semana que viene. Dicen que no hay armaduras en La Habana pero yo encontré una discreta, negra, en una óptica de San Rafael.

Estoy envejeciendo. Es terrible ver cómo el cuerpo se deteriora de tanto uso, se le va de entre las manos a uno. Ahora me ha entrado la obsesión de hacer ejercicio. Tengo mucha barriga. Además, me entretiene. Todas las tardes hago planchas y cuclillas y ejercicios para engarrotar los músculos del estómago y del vientre; así no se me saldrán las tripas. Me miré en el es-

pejo y vi que me estaba pareciendo a mi padre: tengo el mismo tipo de barriga. Me produjo verdadera repulsión ver que también, como él, tenía la espalda hundida por detrás. Eso fue lo que más me deprimió. Sentado se me forman dos neumáticos de grasa en la cintura.

Si alguna ilusión me podía yo hacer, fabricar o inventar sobre la contrarrevolución, se fue ya para el carajo. No tienen pensamiento ni dignidad, son gente sin espinazo; los burgueses aquí son una especie de merengue a la puerta de un colegio, sí, eso mismo, un merengue a la puerta de la revolución.

Hasta cuando descubren un punto flojo de la revolución se equivocan, no saben cómo enfocarlo y acaban hablando mierda. La única cosa inteligente que dijo Pablo acabó desviándola hacia un problema de comida. Los contrarrevolucionarios se convierten en intestinos: tienen obsesión por la comida. Yo creo que a Pablo le gustaría llevar succulentos filetes chorreando sangre en los bolsillos, como señal de opulencia. “Todo lo que dicen los americanos sobre el comunismo es verdad”, me dijo mientras manejaba cómodamente su Rambler; el olor de la vestidura de cuero, la pizarra cromada con indicadores llenos de números y agujas me dieron ganas de vomitar. Todo el tiempo que anduve

con Pablo eso fue lo que sentí: ganas de vomitar, vomitar todo lo que mi familia, mi trabajo, la mediocridad de mi gente me habían embutido en el estómago.

“Es verdad todo lo que dice la Voz de las Américas, lo que dicen los americanos, es verdad, no hay libertad, lo persiguen a uno todo el tiempo, la economía no funciona, no hay comida ni nada. No digas boberías, yo no estoy gordo nada. Es mi tipo físico. Además, el trabajo que me cuesta mantenerme así, saludable. Tú no sabes lo que tengo que moverme para comer bien, para alimentarme. Sí, es verdad, hambre no hay, en eso te doy la razón. Pero la cosa no es comer, sino comer bien. Comer, come cualquiera. Aquí antes todo el mundo comía. Pero lo importante es comer bien, hay que comer mucha proteína, mucha carne. Toda esa gente gorda que tú ves por la calle tiene anemia. Ese mismo tipo, ese que tú ves subiendo por la acera, el gordo ese, ese mismo, tiene anemia. Me juego cualquier cosa a que tiene anemia.” No podía soportarlo, trataba de distraerme mirando hacia la calle por la ventanilla del carro, pero no podía. Le dije que nunca había visto un gordo en un campo de concentración nazi y que se volvería loco muy pronto si seguía como iba. “Loco me voy a volver si no salgo de aquí. No, no me han arrestado. No me han molestado hasta ahora. Yo me sé cuidar. Pero me puede pasar . . .

aquí arrestan a cualquiera sin razón alguna. A veces estoy en la casa tranquilo y pienso que me van a venir a buscar y arrestarme a media noche. Yo pienso lo peor de este régimen. Es la ruina de Cuba.”

Pablo es todo lo que yo no quiero ser. ¿Yo era como él antes? Es posible. Cuando entramos en el garaje a llenar el tanque me sentí aliviado. El olor de la gasolina siempre me agrada, me limpia y hasta embriaga un poco. Se me quitaron las ganas de vomitar. Pablo empezó a protestar porque no revisaron el aire de las gomas ni limpiaron el parabrisas. Yo me alegré; la revolución, aunque me destruya, es mi venganza contra la estúpida burguesía cubana, contra mi propia vida cretina. Juro que me alegré cuando el garajista lo tiró a mierda. “Mírame el aceite, por favor”, le pidió Pablo. “No hay aceite . . . Si quiere se lo miro de todas maneras.” “Ya para qué”, contestó Pablo y yo sonreí. La verdad es que soy un descastado.

“¿Viste el servicio? Ya ves, aquí todo está jodido. Ni siquiera los obreros están con la revolución. Ni siquiera este muerto de hambre está con la revolución ¿Qué te parece?” No le contesté, no le dije nada. Estaba contento de verlo sufrir. “Si yo pudiera, por mi madre, ahora mismo desbarataba el carro ya de una vez. ¿Por qué no lo hago? Tú eres bobo. Está inventariado. Si lo rompo no me dejan salir. No, si hasta he

tenido que mandarlo a chapistear y a pintar. Yo no me arriesgo por nada del mundo a que no me dejen salir. Tenía un guardafango abollado y lo llevé a pintar. A mí no me hacen una maraña por culpa de un guardafango, de ninguna manera. Yo no voy a dejar que se agarren por nada. Voy a dejarles un carro nuevecito, de paquete, como si acabara de llegar de la fábrica de Detroit. Aquí no van a volver a ver un carro nuevo americano. ¡Con lo que gustan aquí los carros americanos! El cubano no aguanta una revolución sin carros americanos. Te lo digo yo.”

Todo aquello era lo contrario de lo que yo sentía. Desde que me quitaron el carro y la mueblería estoy muy tranquilo. No tengo que preocuparme de nada. Tener que ir y echarle gasolina, vigilar y cambiar el aceite, parquearlo bien. Siempre olvido dónde dejo parqueado el carro. Hasta tenía pesadillas de noche con eso. Yo lo que quiero es quitarme problemas de encima. Ya la revolución me ha quitado un montón de problemas de encima. Un automóvil es tremenda preocupación. Yo prefiero dejar que la máquina se pudra, antes que matarme buscando piezas en el consolidado, haciendo cola, comprando en el mercado negro . . . Nada que sea muy complicado vale la pena hacerlo. Es asqueroso cómo Pablo y todos los contrarrevolucionarios se preocupan por la comida. Con un café con leche me basta, con un pedazo de pan;

se rompen las cosas, se caen a pedazos, que se rompan. Las ruinas son un calmante. Yo no me preocupo.

“Mira, si yo quisiera, cogía y arreglaba la máquina de Laura, está desde luego a mi nombre pero Laura la usaba, está ahí en el garaje, le falta el dinamo y una caja de bolas, del cloche . . . ¡Qué voy a perder tiempo buscándole las piezas! Prefiero andar en guagua o en taxi”, le dije para humillarlo, para llenarlo de vergüenza por su mezquindad; pero nada. Ni se dio por enterado. Enseguida empezó a quejarse porque no encontraba una unidad sellada, le faltaba un farol para entregarlo completo cuando se vaya.

“Antes estaban a patada. Uno daba una patada y salían diez unidades selladas. ¡Qué iba yo a pensar que se habían acabado, que ni siquiera había ya unidades selladas! Dondequiera que voy ‘no hay, no hay’, además, lo dicen con gusto. Son obreros pero no están con esto. Nadie está con esto.”

“¿Tú eres infantil? Entonces cómo se mantiene”, le dije, consciente de defender la revolución sin quererlo, contra mi voluntad, para joder a Pablo. “Y la gente que va a las concentraciones, y todos los milicianos que hay por ahí.”

“Mentira todo”, me dijo y comprendí que estaba loco, que todos estamos locos. Cada uno cree lo que le da la gana, aunque aparentemente la realidad a cada momento demuestre todo

lo contrario. Entonces le ofrecí la unidad sellada del auto de Laura. Fuimos a verlo. Estaba sin gomas, montado en un burro. Había regalado ya también las gomas a un vecino. Que se lo lleven pieza por pieza. “¿Cómo no se lo llevaron los ladrones estos cuando Laura se fue?” me preguntó sin quitarle de arriba los ojos al auto. “Ya te dije que lo tenía inscrito a nombre mío.” Cuando entré en el carro, cuando abrí la puerta para destapar el capó, sentí el perfume de Laura. No era el perfume de Laura, era peste a Laura. Le dije a Pablo que se apurara, que me molestaba ver el carro de Laura. Se llevó no una, sino las dos unidades selladas. Ahora el carro de Laura no tiene ni luces.

Toda esta conversación la he reproducido para cogerle más odio a Pablo, para sacármelo de arriba. Me doy cuenta de que Pablo no es Pablo sino mi propia vida. Mantengo la lucidez, una lucidez desagradable; sé lo que me pasa pero no puedo evitarlo. El y Laura y todos.

El cuerpo es muy agradecido. Llevo sólo una semana haciendo ejercicios y ya siento que los músculos se me van endureciendo. Tengo menos barriga. No sé si es verdad o una idea que yo me hago.

Ya tengo los espejuelos: usarlos me produce sentimientos encontrados. Me parece que me ha

salido una verruga en la cara, es como si me hubieran metido dentro de una pecera; me siento como si anduviera en un carapacho cuando me pongo los espejuelos. Es una comemierdería. Veo, sin embargo, con mucha mayor precisión. Antes veía todo borroso, con los bordes temblorosos, como los cuadros impresionistas, y ahora lo veo todo con la precisión de un Ingres. No sé cuál visión prefiero. ¡Qué difícil es tener siempre que escoger!

、 Llevaba una falda bastante ancha, un poco por encima de las rodillas, sandalias y una blusa muy suelta con lunares anaranjados. Yo iba rumbo al Ember's. Hacía varios días que tenía deseos de atracarme de comida italiana pero no acababa de decidirme; no quería ir solo al restaurante. No disfruto de la comida, me siento un poco animal comiendo sin conversar con nadie, rumiando la comida y viendo a la gente sentada conversando en las mesas. Por eso cuando salgo a comer solo siempre prefiero sentarme en un mostrador, como los caballos en un abrevadero. Pero en el Ember's no se puede.

“Tienes unas rodillas preciosas”, le dije y se viró para mirarme. Cuando llegué frente al restaurante, vi que levantaba la pierna y se miraba la rodilla izquierda.

Luego cruzó la calle y se detuvo a la entrada del hotel Habana Libre.

“Estás loco”, me dijo dos o tres veces mientras



yo trataba de sacarla de su ostra. Por fin me dijo “estoy esperando a una persona, a un señor que me ha citado para un trabajo en el ICAIC”. Eso me cayó como una onza de oro. Enseguida pensé —aunque no le creí una palabra— que podría fácilmente convencerla para que me acompañara a comer. Si le interesaba el cine seguro era romántica y fantasiosa. Le dije simplemente que no quería comer solo: “No jüigiero bien si no converso con alguien.” Me dijo “estás loco” de nuevo, pero cuando le dije “anda, vamos”, me acompañó.

Antes de entrar en el restaurante volvió a preguntarme la hora. Sentí que estaba a punto de echarse a correr; le añadí como treinta minutos al reloj. “Ya es muy tarde, seguro que ya no viene” y entró conmigo en el Ember’s.

No quiso tomar nada, me dijo que no podía porque se estaba inyectando para los nervios. Debí poner cara de incrédulo porque me dio entonces el brazo. Lo tomé suavemente por la muñeca y vi que tenía tres o cuatro pinchazos alrededor de la vena. Uno de los puntitos rojos estaba rodeado por un morado negruzco. Tenía, sin embargo, la parte más tierna y suave de su brazo vuelta hacia mí en el mantel.

Se quedó mirándome con sus ojos grandes color miel y me fijé que tenía los cachetes un poco mofletudos. Era algo casi imperceptible, pero le daba un aire infantil; veía en ella todavía a

una niña jugando a las muñecas. Pensé en los padres y en todos los aspectos ridículos de la vida cotidiana que rompen el hechizo de cualquier situación romántica. La mujer sólo existe durante su juventud; la niña y la vieja no tienen nada que ver con la feminidad que uno desea.

Volví a ver a la mujer cuando le pregunté por qué deseaba ser una actriz. “Estoy cansada de ser siempre la misma”, me dijo con sus labios bien dibujados, “así puedo ser otras personas sin que me crean una loca. Me interesa poder desdoblar mi personalidad”. No lo esperaba; me sorprendió. Enseguida pensé que repetía algo que había oído, leído en algún libro de psicología.

“Pero esos personajes del teatro y del cine son como discos rayados”, le dije, “una actriz sólo repite de memoria miles de veces los mismos gestos y las mismas palabras”. No me hizo caso; como si hubiera dicho una tontería. No le interesaban mis opiniones sobre actuación.

Al salir me dijo que deseaba caminar un poco; la fui llevando por donde yo quería. Después de una cuadra le agarré la mano y me dijo: “No pienses que vamos a llegar a nada.” Me dieron ganas en ese momento de mandarla al carajo. Luego comprendí que estaba muy asustada.

“¿Tienes mucha ropa?”, le pregunté. “No.” Entonces le conté que Laura se había marchado a “noventa millas”; insistí en que tenía mu-

chas cosas en el apartamento que podrían servirle, zapatos y vestidos. No dijo nada. "Laura usa más o menos tu talla."

Le señalé el edificio y se puso nerviosa. "Eres un hombre casado", me dijo y tuve que contener la risa; le contesté que no, que divorciado. "¿Qué dirán los vecinos?" La tranquilicé explicándole que casi nunca había nadie en el elevador, que había sólo cinco apartamentos en el edificio, uno en cada piso. Me pidió que yo subiera primero.

Me asusté un poco cuando vi que se demoraba. Esperé tratando de ver el apartamento como ella lo vería al entrar. Elena no tenía la culpa: detrás de mí había entrado una pareja en el edificio.

Se quedó de pie junto a la puerta.

"Quítate los zapatos si quieres", le dije y puse el radio. Entré a la cocina para preparar un poco de café. Cuando salí se había quitado los zapatos y el ajustador. Ella me besó primero, estaba desnuda bajo el vestido, pero no se me entregó por completo. No insistí porque la vi muy nerviosa. Empezó a repetir "me voy" a cada tres minutos y a decirme que su madre tenía confianza absoluta en ella, que por eso la dejaba salir sola; otra frase que repetía mucho era "si mi madre me viera". No quise forzar la situación y subimos a ver los zapatos y los vestidos de Laura.

Hoy volvió Elena con el vestido de Laura puesto. Me sentí un puro monstruo de perversidad. Luego comprendí que nada tenía importancia: regalarle aquella ropa no era ninguna profanación. Ella la necesitaba, y yo me eroticé al verla disfrazada de Laura.

Elena vive en el Cerro y seguro que su familia es humilde. Una familia de la clase media no la dejaría tan suelta. La moral pequeño burguesa. Hablar en términos de proletariado y burguesía es ridículo, me siento como si estuviera deshumanizando a las personas, convirtiéndolas en términos abstractos, clasificándolas como si fuera un político. Es la influencia de la revolución: ¡tengo que vigilar mis pensamientos!

Respetar la ropa de Laura hubiera sido un fetichismo ridículo.

El vestido le quedaba un poco apretado porque Elena es algo más exuberante que Laura, aunque no mucho. Creo que el vestido es francés, lo compramos en París; tiene unas rosas sentimentales sobre un fondo blanco. Las rosas, no importa si son naturales o están pintadas, son siempre asquerosamente sentimentales. Las rosas naturales me hacen sentir estúpidamente tierno.

Forcejamos un poco en el sofá y el vestido se le descosió. Subimos para buscar el costurero de

Laura. Elena se quitó el vestido pero no terminó de arreglar el descosido hasta que hicimos el amor violentamente. Me dijo que si yo hubiera insistido la vez anterior, hubiera accedido.

Luego se echó a llorar. Dijo que se sentía culpable, que no debía haberse acostado conmigo: "Me has desgraciado." Empecé a preocuparme cuando llegó la una de la madrugada y seguía llorando a moco tendido. Ya yo tenía la boca seca de hablar para restarle importancia al asunto. Su actitud, sin embargo, me dejó impresionado.

Elena acaba de irse. Hoy, después de lo de anoche, regresó a eso de las once. Yo me había tirado en la cama después del desayuno; pensé cambiar las sábanas, pero no tenía ganas de levantarme: sentía un olor dulce y agrio, de Elena todavía, cada vez que cambiaba de posición.

Entró canturreando con voz gangosa: "Antes de que tus labios me confesaran que me querías", y empezó a sonar los dedos, "ya lo sabía, ya lo sabía". No entiendo nada. Descubrí que ni se acordaba de lo que había sufrido y llorado la noche anterior. Estaba muy alegre y se ofreció a prepararme un almuerzo y ayudarme a limpiar la casa. Le dije que al día siguiente venía Noemí y aproveché para pedirle que no viniera mañana.

Una de las cosas que más me desconcierta de la gente es su incapacidad para sostener un sentimiento, una idea, sin dispersarse. Elena demostró ser totalmente inconsecuente. Es pura alteración, como diría Ortega. Lo que sentía ayer no tiene nada que ver con su estado de ánimo actual. No relaciona las cosas. Esa es una de las señales del subdesarrollo: incapacidad para relacionar las cosas, para acumular experiencia y desarrollarse. Por eso me impresionó tanto aquella frase de *Hiroshima: J'ai désiré avoir une inconsolable mémoire*.

Yo esperaba más de Elena. Pensé que era mucho más compleja e interesante. Siempre trato de vivir como un europeo. Soy un iluso y un subdesarrollado: lo terrible es que lo sé. Es difícil que se produzca aquí una mujer trabajada por los sentimientos y por la cultura. El ambiente es muy blando, exige poco del individuo. Todo el talento del cubano se gasta en adaptarse al momento. En apariencias. La gente no es consistente, se conforma con poco. Abandona los proyectos a medias, interrumpe los sentimientos, no sigue las cosas hasta sus últimas consecuencias. El cubano no puede sufrir mucho rato sin echarse a reír. El sol, el trópico, la irresponsabilidad . . . ¿Fidel será así? No me parece, pero . . . No quiero volverme a engañar. Cuando más, puedo ser un testigo. Un espectador.

“¿Te gusta el *feeling*?” me preguntó Elena.

Le recordé la tragedia de anoche y me dijo: “¿Quién se acuerda de eso? ¿Qué tú crees del *feeling*?” No me pude aguantar: le dije que olvidarse así de las cosas era señal de locura. “Lo que pasa es que tú no tienes *feeling*.” Me eché a reír para no seguir con mis majaderías. “No tienes por qué criticar mi modo de vivir”, empezó a cantar alargando las palabras y bajando la cabeza. Le callé a besos.

Elena se puede convertir en un hábito: estoy acostumbrado a tener una mujer siempre a mi lado. Uno busca siempre la repetición de todo lo agradable que ha probado en la vida: ahí está la trampa. Sufre cuando no lo tiene y si lo tiene el miedo a perderlo es de espanto.

Acompañé a Pablo al aeropuerto. Quería recordar la despedida de Laura y a los viejos; ver si sentía algo. Pablo me dijo un montón de veces: “Espero verte pronto por allá.” ¿Para qué? Yo conozco Estados Unidos ya: y lo que puede pasar aquí es un misterio para mí. Aunque a veces me asusta ver desmoronarse todo lo que yo conocía. Además, ésta es la última oportunidad que tendré de profundizar en mí mismo. Cuando metieron a Pablo en la pecera me fui. Le dije adiós agitando una mano. Me gritó algo junto al cristal pero no pude oírlo. Intercambiamos gestos absurdos. No lo entendí ni me entendió.

El otro día fui a la exposición del Lam. Había dos parejas, parecían empleados de algún ministerio (hablaban del MINCIN o del MINREX o del MINED, no recuerdo), y ante ciertos cuadros no podían contener la risa. Una risita estúpida. Me dieron ganas de callar a las mujeres con la violencia sexual de los símbolos de Lam y burlarme de la ignorancia de los hombres. Desde luego, no lo hice. Más adelante entró un grupo de rusos, más hombres que mujeres, y discutieron cada cuadro; se acercaban, se alejaban, miraban cada detalle. Eran cuadrados, gordos, pero pensé que a finales del siglo pasado los norteamericanos debieron haber producido el mismo efecto que ahora dan los rusos. Algo bastos, como terrones. En Europa se burlaban hace cien años de los norteamericanos, los consideraban salvajes (hasta los españoles hablaban de “los salchicheros de Chicago” durante la guerra hispanoamericana), y hoy han impuesto al mundo su estilo de vida.

Volví a toparme con un grupo de rusos en la casa, no, ya está muerto, en el museo Hemingway. Siempre la misma cosa. No hacía ni cinco minutos que habíamos llegado cuando entró también allí mismo una penetrante peste a vida y empezó



a gesticular: "Compañera, favor, pallalsta. Ahí, un minuto, favor, fotógrafa." Lo miré bien, entre atraído y repelido; era rubio con una cara enorme, como una nalga, con la pequeña cámara negra meciéndose encima de una camisa de cuadros azules. Móvía las manos hacia Elena insistentemente, como deteniendo algo, pidiéndole la misma inmovilidad de los trofeos de caza colgados por las paredes de la sala. Le indicó sonriendo un punto debajo de la cabeza inmóvil de un antílope de ojos vidriosos y enroscada cornamenta.

Mientras Elena colocaba desenfadadamente una pierna delante y la otra un poco más atrás y extendía una mano sobre el respaldar de un sillón rosado tapizado con una escena de cacería, dos hombres y una mujer, otros tres tufos ácidos y penetrantes se detuvieron detrás del fotógrafo que cambió varias veces de posición con la cámara negra junto a la cara.

Siempre lo mismo. Los mismos turistas de siempre. La gran potencia visita una de sus colonias; los emisarios. Es del carajo. Un poco más humildes, es verdad, y sin propiedades físicas en Cuba, pero la actitud es la misma. Además, lo que no sacan en dólares lo obtienen en propaganda. Y lo más triste sería descubrir que tienen razón, que la vida es así. Una actitud muy parecida a la de Hemingway. Para eso solamente sirven los países atrasados, para la vida de los ins-

tintos, para matar animales salvajes, pescar o tirarse en la arena a coger sol. Para gozar de la vida. Todos los rusos estaban tostados, bronceados. Para ellos Elena era *a beautiful Cuban señorita*.

“Esa pose ya es muy anticuada”, le dije para meterme de cabeza también en el juego, “abre las piernas con arrogancia, como si fueras un muchacho y estira los brazos como si estuvieras a punto de salir huyendo del cazador . . .” “Cállate ya” me dijo sonriendo; la muy puta estaba gozando su papel de animal exótico y subdesarrollado. El antílope inmóvil, Elena inmóvil y luego sonrió otra vez. Los soviéticos, como ahora llaman aquí a los rusos, sonrieron amablemente, ingenuos, con sonrisas picadas aquí y allá por dientes de oro. “Espasiva, compañera, espasiva, muchas gracias. Krasivinka. Muy bonita. Espasiva.”

“Este se llama un ciervo jirafa, es una gacela muy apreciada en Africa por la belleza de los cuernos elegantes y enroscados”, explica el guía mulato con monotonía religiosa. “El cuello largo es también uno de los atributos de su belleza. Hemingway apreciaba mucho esta pieza; es un animal muy difícil de encontrar, cuando Hemingway la vio vaciló antes de disparar, no se atrevía a tirarle por el efecto que le produjo su extraordinaria gracia y belleza y elegancia. Era una de sus piezas favoritas de caza.”

Me aparté para no seguir oyendo la repelente letanía. Tal vez Hemingway bebía para olvidar que había matado esos animales tan indefensos ante las balas, pensé al ver la mesa con varias botellas vacías de whisky y vino español y coñac, aunque decía que mataba para no matarse. Ahora él también está muerto.

Nos asomamos a la ventana abierta entre la cabeza del antílope y un cartel anunciando una corrida de toros. Los cuatro rusos pasaron frente a la ventana y el grupo se colocó debajo de la ceiba, el tronco gordo era casi tan sólido como los cuerpos abarrilados, uno junto al otro; la mujer con las manos sobre la falda de flores diminutas y silvestres, con la cartera entre los dedos torpes; los hombres con los brazos cruzados sobre camisas azules y verdes de cuadros y blancos de nailon amarillento, sucio, y transparente.

¡Cómo se parecen a los americanos! Están desesperados por ser los americanos del futuro, admiran más a Hemingway que a Fidel, me la corto si no admiran más a Hemingway que a Fidel. “Son feos”, comenta Elena. “Así y todo serán los dueños del mundo.” “No me importa —y Elena comienza a cantar—. Sombras nada más, entre tu amor y mi amor . . . Vamos, vamos a ver el resto de la casa.”

Cuando entramos en una pequeña saleta Elena se quitó los zapatos para caminar sobre la piel de león despatarrada en el suelo. Inmedia-

tamente pensé en las mujeres que habían visitado a Hemingway en aquella misma casa, Ava Gardner, Ingrid Bergman, Marlene Dietrich. Y probablemente también se quitaron los zapatos para sentir la piel muerta del león bajo sus pies. Ava Gardner tenía los pies muy grandes, casi todas las mujeres americanas tienen los pies enormes, eso me molestaba desde muchacho, desde las *pin-up girls* que utilizaba para masturbarme. Eso es lo único que podemos hacer nosotros los subdesarrollados, masturbarnos con fotos de las grandes hembras del mundo. Estoy seguro de que miles de bolivianos y venezolanos y mexicanos y argentinos sólo se han podido masturbar con una foto de Marlene Dietrich con sus piernas deslumbrantes aseguradas en un millón de dólares o con una de Ava Gardner.

Recibí un golpe bajo al descubrir que Elena no compartía nada de lo que me pasaba por la cabeza. Se puso los zapatos y cortó groseramente un semicírculo en el aire, con el índice, y se dio una palmada en el muslo: “¿Aquí vivía el mister Way ese? Yo no le veo nada del otro mundo a esta casa, la verdad, libros y animales muertos. Buena mierda. Se parece a la casa de los americanos del central Preston.”

Era verdad. Parecía la casa de un administrador de ingenio americano, así mismo vivían. No lo había pensado antes y Elena lo descubrió: Si quisiera Elena podría desarrollarse . . . Tiene

una inteligencia natural. Eso que soltó era una idea sutil. Sí, eran los típicos muebles de una familia norteamericana de la clase media, del Middle West, con los sillones tapizados con escenas de cacería inglesa, la mesita con bebidas, el revistero, hasta los carteles picúos de toros, “Los mismos muebles y el mismo olor ese a americano.” Le pregunté cómo olían los americanos y enseguida me contestó: “Ay, viejo, yo no sé. Olor a nailon, a pasta de dientes, a creyón de labios, a desodorante y eso. Los americanos tienen un olor así y los rusos peste.”

Lo que pasa es que no se preocupa. Nada se profundiza en su cabeza. Cuando dice cosas sutiles le salen espontáneamente. Yo creía que había pasado toda su vida en La Habana. No sabía que había estado en Oriente, que conocía los grandes centrales azucareros americanos. No me había contado nada. “Ni me acuerdo ya. El escándalo que nos dieron a mi prima y a mí. De madre.” Tuve que insistirle, no quería hablar. “Yo ni sé. La puerta estaba abierta. Una puerta igualita que aquella de allí, con tela metálica, le traíamos la ropa limpia a la americana, la puerta estaba abierta y no sé cómo fue pero entramos en un cuarto donde la americana estaba tirada en la cama medio desnuda cortándose las uñas con la cara blanca, llena de crema, de cold cream . . . Nos insultó.” Volví a insistir. “Yo no sé, no entendía nada, empezó a gritar-

nos en inglés . . . Yo no le miraba la cara, me quedé paralizada, yo sólo le miraba unos pantaloncitos negros que tenía con encajes. Como unos que me diste de tu mujer . . . No me hables de eso, yo no hice nada. Yo no quiero hablar de nada.” Le pregunté cuántos años tenía entonces. “Diez o doce, ni sé, no importa. Mi padre estaba sin trabajo, comiéndose tremendo cable, lo botaron de las guaguas y me mandaron con mi tía. Mi tía era lavandera. No quiero hablar más de eso. Me ahogo. Por eso no me gusta recordar nada, prefiero inventar cosas . . .”

La habitación de Hemingway me impresionó de verdad. Algo y todo demostraban un gran desprecio por la vida. La gente desperdicia y malgasta y es generosa cuando lo tiene todo en abundancia. Todo estaba tirado, regado: eso que habían puesto todo en desorden consciente, habían inmovilizado la casa como la vida de Hemingway. Todo estaba tieso. Se veía rígido. Pero los muebles estaban colocados de cualquier forma; recuerdos de todo tipo tirados sobre la mesa: una cruz gamada nazi, arrebatada durante la segunda guerra mundial al enemigo, a una de sus víctimas, probablemente a un cadáver podrido; una fotografía ovalada de cuando era joven; unos espejuelos viejos con una delicada armadura de hierro; anzuelos disfrazados de insectos; monedas de otros países; papeles llenos

de apuntes; un ridículo sputnik dorado. Todo así.

Lo que realmente me impresionó fue el aire austero, monacal de la habitación, de su habitación. Faltaba el guitarrista de Juan Gris detrás de la cama y había un rectángulo más pálido, más limpio, en el sitio en que durante tantos años había colgado el óleo. Me sonreí, yo era un intruso allí, un violador de tumbas, todo aquello lo había leído en algún artículo, en un libro, como había leído que su Smith-Corona era su único psiquiatra, recordaba cosas a cada paso, lo había visto allí fotografiado en *Life*: Hemingway en shorts, sentado sobre la cama, detrás el frío Juan Gris, y todo rodeado de gatos elásticos.

“Eh, ¿por qué está aquí?” exclamó Elena deteniéndose junto a la máquina de escribir sobre un enorme diccionario en un librero. “¿Dónde querías que la pusiera?” le dije irritado. “En la mesa, allí. La tuya siempre está junto a la mesa.” “Hemingway escribía de pie” fue todo lo que atiné a decirle, conmovido y avergonzado. “¿Por que tú no escribes también de pie?” “No sé, creo que tenía almorranas.” ¿Lo habré leído o lo habré inventado?

Nos quedamos en silencio un rato y Elena empezó a tocar una por una, levemente, todas las teclas de la máquina de escribir. En eso entró el guía, yo creí que regañaría severamente a Elena

pero no, empezó a hablar con una voz suave, llena de respeto y elocuencia y sumisión: “Todas las mañanas Hemingway se levantaba muy temprano y se ponía entonces a escribir ahí mismo donde usted está parada, señorita, sin camisa y descalzo, le gustaba sentir el piso frío de losetas españolas bajo los pies o de lo contrario esa suave piel de kudu.”

“¿Y usted de dónde salió?” le preguntó Elena frunciendo el ceño: las ventanas de la nariz le temblaban. “Yo no lo vi cuando entró.” El mulato, con su cara redonda más redonda todavía, parecía entre avergonzado y orgulloso. “¿La asusté? Perdón si la asusté . . . Estaba con los soviéticos hasta ahora . . . ¿No me vio? Entré por la puerta, es que yo camino muy sigilosamente, ‘como una pantera’ me decía Hemingway. Usted sabe una cosa, cuando escribía, yo era la única persona que podía entrar en la habitación, se ponía ahí mismo. Me dejaba entrar porque yo no hacía bulla cuando entraba, usaba estos mismos tenis . . .”

Se apoyaba con las canillas contra la cama, todo vestido de blanco, el pantalón almidonado más blanco que las sábanas. Entonces me acordé, se llama René Alcázar, no, Villarreal y Hemingway lo había encontrado jugando por las calles de San Francisco de Paula. Eso también lo leí en alguna parte. Se ve que Hemingway lo amoldó a sus necesidades, el criado fiel perro



del gran señor. El colonizador y Gungha Din. Hemingway de todas maneras debió haber sido un tipo insoportable.

“Trabajaba hasta las once, más o menos, entonces iba y se daba un baño en la piscina. Siempre le gustaba darse un chapuzón después de trabajar y antes de almorzar. Aquí, en este librero, están las diferentes ediciones de sus libros en todos los idiomas del mundo. Mire, acérquese, ésta es la edición rusa; cuando estuvo aquí el señor Mikoyan, le trajo estos libros y este pequeño souvenir . . . es un sputnik. Las obras de Hemingway están traducidas a todos los idiomas del mundo, hasta las publicaron en japonés. Esta es una edición de *Adiós a las armas* en japonés . . .”

Yo me fijé que tenía también allí las obras completas de Mark Twain y que había escrito en las verdes colinas de Africa que toda la literatura norteamericana salía de un libro llamado Huckleberry Finn, especialmente de las cien primeras páginas que yo había leído con estúpido cuidado; Elena daba vueltas por la habitación, no tenía ningún interés en lo que decía Villareal y mucho menos en Mark Twain o las traducciones de *Adiós a las armas* al japonés.

“¡Qué zapatones!” exclamó Elena con un mocasín descomunal en las manos. “Calzaba el once y medio”, soltó enseguida nuestro guía. Me pareció ver a Hemingway por primera vez en

mi vida, de carne y hueso, caminando en esos zapatos, dentro de los opacos mocasines carmelita de piel usada y sucia. Nunca lo había visto personalmente y ahora lo veía por primera vez, enorme y sólido y deportivo y muerto. “Calzaba el once y medio”, repitió Villarreal pasando la yema de los dedos por el cuero empolvado, dejando estrías limpias en el zapato.

“Los americanos tienen los pies muy grandes. Eso es lo único que me molesta de la mujer americana, yo me he fijado siempre, aun las más hermosas”, dije para mover la situación y Elena exclamó: “En un hombre es bonito” y volvió a poner el zapato en el suelo. “Yo tengo un pie bonito, ¿verdad?” “Tus dedos parecen enanos cabezones”, le mentí y Elena entró en el baño re-funfuñando: “¡Qué gracioso! Mira, mira, libros, leía hasta en el baño” y señaló un pequeño librero junto a la taza de porcelana blanca.

“Sí, Hemingway tenía esa costumbre, él todos los días leía un rato en el baño . . . ¿Eso? Eso es un lagarto. Uno de los gatos de Hemingway un día lo encontró en el jardín y lo cogió por el cuello y le hundió los dientes y lo sacudió en el aire. Hemingway lo vio y trató de salvarlo. El lagarto trataba de defenderse con la cola, era valiente, pero qué va. Hemingway lo rescató y trató de salvarle la vida porque había dado una buena pelea, pero ¡qué va! Aquí mismo en el baño lo puso y lo cuidaba, le curó las heridas y le traía

comida, pero nada. A la semana se murió. Hemingway lo cogió y lo puso en formol.”

Ya me cargaba un poco la idolatría del guía, sus anécdotas siempre muy humanas y reveladoras. Se sentaba en el baño aquel y cagaba igual que todo el mundo, y con dificultad parece. “Houdini”, dije cogiendo un libro, “mira, tiene un libro sobre Houdini aquí. Houdini tragaba y vomitaba espadas y limas . . .”

“Hemingway leía mucho, de todo, especialmente revistas y periódicos. Se leía todas las revistas que recibía de Estados Unidos . . . Todos los días se pesaba y anotaba su peso ahí en el marco de la puerta. Tenía unos números muy pequeños, tenía una letra muy bonita. Siempre trataba de mantener su peso en alrededor de doscientas libras, cuidaba mucho de su salud física. Decía que para escribir había que estar saludable, que cualquier enfermedad, cualquier malestar físico interfiere con el trabajo. El siempre cuidaba su peso.”

“¿Tú crees que yo debo engordar o adelgazar?” me preguntó Elena. “Estás bien así, tal vez un poco gorda, pero estás bien así. Ahora, ayer me estaba fijando, tienes un bultico en el muslo derecho, si no te cuidas acabarás con celulitis. ¿No sabes lo que es eso? Los muslos llenos de bolas de cebo, tú no te has fijado que muchas mujeres en Cuba tienen los muslos como capitoné, tapizados así con bultos igual que algunos

muebles y paredes..." "Está bueno ya", me contestó. "Yo creo que tú me quieres hundir, todo el mundo dice que yo estoy flaca y tú dices que estoy gorda . . . Me voy a pesar ahora mismo, aquí mismo, yo creo que no llego a las ciento veinte libras." Se subió a la pesa azul con zapatos y chasqueó la lengua, se apeó, quitó los zapatos y volvió a subirse, ajustando sus pies delgados a la goma negra mientras miraba frunciendo el ceño la aguja: "Mira, mira, ciento dieciocho libras. Estoy regia. Suculenta, como dices tú."

"Descarada", le dije mientras el guía nos insistía: "Por favor, no quieren pasar a ver el resto de la casa . . . Quiero enseñarles el resto de la casa."

Volvimos al salón con la piel extendida sobre el piso y vimos a un ruso sonriendo con el zapato en la boca del león, entre los colmillos muertos y amarillos. El guía sacó un montón de fotos de una gaveta y las colocó sobre la mesa junto al sofá. "Son de la guerra civil española. Hemingway estuvo en la guerra civil española. Estas son de Robert Capa." Un coro se comprimió alrededor de la mesa. Busqué la corpulencia de Hemingway en alguna foto pero no estaba en ninguna, no lo vi. Se las habrá llevado su mujercita. Uniformes desiguales, boinas, polvo y ametralladoras que hoy parecen de juguete y rifles largos, y un hombre corriendo por un campo, con

el rostro ensangrentado, cayendo, muriendo, largando el rifle negro con el brazo extendido, los pantalones anchos y blancos arrugados y flameando y la hierba indiferente, con municiones o bolsas de cuero y correas en la cintura o granadas, como si fueran semillas para esparcir por el campo, un campesino muerto mientras regaba semillas, un dinamitero asturiano.

Elena enseguida se apartó de la mesa porque no entendía la muerte o no sabía lo que había pasado durante la guerra civil en España o simplemente porque los rusos sin desodorante apesataban mucho. Cuando pasamos al comedor me la encontré frente al revistero, hojeando un *Harper's Bazaar* viejo, me asomé por encima de su hombro y vi a Susy Parker delgada, interminable, en bikini verde, acostada en la arena, el pelo rojo y suelto, los labios entreabiertos y una ola subiéndole hasta las costillas. Elena viró ligeramente la cabeza para contemplar un suave refajo azul y me vio: "Mira, si yo tuviera un refajo como éste, tan bonito, saldría a la calle sin vestido. Es más bonito que los vestidos que venden aquí por la libreta." Le arrastré duro el pulgar por el espinazo y se irguió, sonrió pero siguió hojeando la revista de modas.

La mesa del comedor estaba puesta para nadie. Sobre la superficie de cristal los platos y los tenedores y los vasos y un centro de mesa lleno de flores insignificantes y blancas y moradas.

“Así se preparaba siempre la mesa”, dijo el guía; ya no había quién lo parara. Me fijé mientras tanto en una servilleta de hilo crudo con una enorme letra H. “Así mismo todos los días.” “Pero ahora nadie va a comer aquí”, le dije pero siguió hablando. Era como un muñeco de cuerda. “Desayunaba dos huevos fritos, bien fritos porque no le gustaba la clara babosa. Le gustaban bien fritos con una tostada sin mantequilla. El se sentaba frente a la pared, aquí. Se sentaba siempre frente al cuadro de Miró, el cuadro de una finca catalana, un cuadro que Hemingway compró cuando era joven en París por trescientos dólares. Lo compró a plazos y ahora vale más de cien mil dólares : . . .” Le pregunté por el cuadro, en la pared no había nada. “Ese cuadro y otros más se los llevó Miss Mary, después que murió Papa vino y se los llevó, ahora sí, prometió a Fidel mandarle reproducciones exactamente iguales para que todo esté aquí de la misma manera que estaba cuando vivía Papa. Ella prometió mandar unas reproducciones iguales, del mismo tamaño, para ponerlas ahí.”

“Pero no es lo mismo”, dije medio cortado. “Las reproducciones no valen nada y los cuadros valen millones de dólares. No es lo mismo.” No sé si me oyó pero no me contestó. “Los carteles de toros sí son originales, ¿no?” le grité y me contestó medio en la luna todavía: “Sí, éstos sí son los mismos.” Esos sí eran reproducciones

originales. Eso es todo lo que merecemos, copias, no somos más que una imitación mala de los países poderosos y civilizados, una caricatura, una reproducción barata.

Volvimos a recorrer la casa y tuve la sensación de que todo estaba barnizado. Lo miré todo como quien ve detrás de un cristal las joyas de un museo y sabe que ya nunca más una mujer las podrá lucir. ¡Qué picúo! Tengo sentimientos encontrados. Siento amor y odio hacia Hemingway; lo admiro y al mismo tiempo me humilla. Como mi gente; es lo mismo que siento cuando pienso en Fidel, en la revolución. Permanentemente rajado; no me pongo de acuerdo ni conmigo mismo.

“Esta torre la mandó a construir Miss Mary”, me iba diciendo el guía mientras subíamos una escalera de caracol, herrumbrosa, pasando primero junto a unos gajos de bugambilia púrpura y amarilla hasta que los ojos se tropiezan con el alto penacho de una palma real.

Lanzas de madera pétrea, largas lanzas africanas; botas engrasadas, cubiertas por una película de sebo; cabezas de animales salvajes regadas sobre las losetas con rombos castaños y ramas verdes. Todo en el suelo.

“Aquí trabajó sólo el primer día, cuando Miss Mary le dio la llave, fue un regalo, un regalo de cumpleaños. Después nunca más volvió a traba-

jar aquí, no le gustaba. Trabajaba siempre abajo en su habitación . . .”

Mientras explicaba toda esa mierda casera me quedé mirando un pedazo de piel calva, tiñosa, en la cabeza del león y pensé que Cuba no le interesó nunca ni un carajo a Papa Hemingway. Botas para cazar en Africa, muebles norteamericanos, fotos españolas, revistas y libros en inglés, carteles de toros. En toda la casa no había nada cubano, ni un objeto de santería o un cuadro. Nada. Cuba, para Hemingway, era un lugar para refugiarse, vivir tranquilamente con su mujer, recibir a sus amigos, escribir en inglés, pescar en la Corriente del Golfo.

Por entre los arcos de las hojas de palma, a lo lejos, borrosas, blancas y amarillas, algunas casas y edificios alrededor de la bahía de La Habana y varias chimeneas, una sí, otra no, echando un humo sucio que seguía borrando las casas lejanas, todo el paisaje.

Cuando bajamos a ver la piscina sin agua yo estaba completamente aturdido y, sin embargo, seguí oyendo al guía porque hablaba en una voz dulce y monótona: “Aquí están enterrados todos los animales.” Y agachaba la cabeza; los árboles alrededor de la piscina daban sombra a torpes tumbas pequeñas, de cemento áspero. “Aquí está enterrado Black Dog, su perro favorito; siempre seguía a Papa por todas partes, lo acompañaba mientras escribía, tirado en el sue-



lo, cuando bebía por la tarde, con la cabeza apoyada en sus zapatos, aquí mismo en la piscina, en la sombra, mientras nadaba; a Black Dog no le gustaba bañarse en la piscina, prefería esperar en la sombra.”

Elena se acercó corriendo. Yo la estaba mirando todo el tiempo ahora, y se detuvo en la sombra, con dos enormes óvalos de luz amarilla, que se filtraba entre las ramas, en la mejilla izquierda y sobre un seno: “¿Y eso qué es?” “Es la tumba de Black Dog.” “¿Quién es Black Dog?” “Un perro.” “¿Un perro?” En ese mismo momento las manchas de sol le bajaron por las caderas hasta los tobillos. “Un perro.” Se alejó caminando bajo el sol distraídamente alrededor de la piscina. Vi cuando tropezó con dos soviéticos y los tres pidieron: “Perdón, compañera; ¡ay, usted perdone!, perdón, compañera.”

“A Black Dog lo mataron los soldados . . . No, antes de la revolución, los soldados de Batista vinieron por aquí una noche buscando unos muchachos, a unos revolucionarios, buscando armas, y Black Dog ladró y ladró y no los dejó pasar y lo mataron de un culatazo. Desde ese día Hemingway empezó a sentirse mal en esta casa y aquí en Cuba. Él necesitaba tranquilidad para escribir.”

A ti también te han matado, Papa, se acabaron los criados y los americanos aquí —y nosotros también. Todos jodidos.

“¡Socorro, orro, orro; auxilio, ilio, ilio!” gritaba Elena desde el fondo de la piscina. “¡Socorro, orro; sácame de aquí, de aquí!” No sé cómo se cayó en la piscina, cómo bajó. Yo la miraba —de pie abajo en el fondo inclinado de la piscina, en la parte más honda— desde el borde. No la había visto bajar, estaba perplejo. “Pero, ¿qué te pasa? ¿Qué haces ahí?” “Nada, nada. No puedo salir, ir.” “¿Te has hecho daño?” “Yo no sé, sé. Sácame de aquí, de aquí, vamos, pronto, pronto, no te quedes, edes, ahí, ahí, que voy a llorar, orar.”

No la quiero volver a ver. Me estoy enamorando de Elena y no quiero. Me pasará lo mismo que con Laura. Estoy enamorado, tengo la yema de los dedos sensibles, tengo ganas de gritar. Recuerdo con pelos y señales todo lo que hacemos juntos. Me obsesiona Elena y no puede ser. Cada vez que surgía Elena aquí en estas páginas, hablando de la visita al museo Hemingway me emocionaba, me erotizaba; me siento ahora blando por dentro cuando escribo Elena y la recuerdo. Me estoy saliendo de mí mismo y me van a herir. Hasta el estilo del diario este ha cambiado, lo noto: hacia afuera, hacia el mundo, hacia la gente. Hacia adentro estoy más seguro. Es una tentación que tengo que rechazar. Tengo que romper esta relación. Estoy muy viejo y ella es una niña. Me quiero sólo sacar cosas, pasar un buen rato nada más. Ella me

traicionará igual que Laura. Tiene otro mundo muy distinto al mío en la cabeza. No me ve.

Tengo la impresión de que la realidad se me va de las manos. Voy por la calle y oigo cosas que ya no entiendo. "A nivel, ponchado, traca-trán, quemado, toronjoso, mazacote, emulación, pillar, parquear la tiñosa . . ." Sólo entiendo vagamente las expresiones. A veces aparecen en los periódicos. La revolución ha traído un nuevo vocabulario. Palabras que yo no uso y que oigo como si fueran expresiones argentinas, venezolanas o mexicanas: en mi propio idioma pero de un país extranjero.

Si continúo apartándome de la gente llegará el día en que no entienda nada.

Hasta ahora siempre me había mantenido, al menos, bien informado de lo que pasaba en el mundo. Ya no es posible. Estaba suscrito como a diez revistas; recibía los catálogos de las editoriales y viajaba todos los años a Estados Unidos o a Europa . . . Cada vez que leía una novela francesa me daba cuenta de nuestro atraso social y psicológico. Cada nuevo producto que aparecía en el mercado norteamericano me hacía consciente de nuestro atraso científico, técnico, industrial . . . Eramos una factoría, un pueblo de consumidores. Ahora no tengo punto de referencia para nada; no vienen libros ni productos de los países capitalistas. Todo ha cam-

biado aquí y los periódicos sólo traen consignas políticas.

Con la violenta aceleración histórica —una nueva generación de conocimientos se produce cada diez años— llegará el día en que todo lo que sé estará pasado de moda (¡para lo que me servía!) y yo seguiré vivo.

“Cierra la boca”, le pedí ayer un montón de veces a Elena. Cuando deja la boca entreabierta, imitando la sensualidad de Marilyn Monroe, parece idiota. Lo hace todo el tiempo cuando me mira en silencio. Me hace sentir irreal, un actor en un escenario.

Terminé de leer la novela de Eddy. Es de un simplismo que me ha dejado boquiabierto. Escribir eso después del psicoanálisis y los campos de concentración y la bomba atómica es realmente patético. Yo creo que lo ha hecho por oportunismo. El argumento es realmente infantil; un cubanito desarraigado (con pretensiones existencialistas), después de fracasar en sus relaciones con una criadita y con una norteamericana rica, decide integrarse a la vida cubana. Nadie se integra; el hombre es, será siempre un desarraigado.

La novela está llena de personajes típicos —la

mulata, el soldado de la dictadura, el babalao, el hijo del hacendado— y situaciones pintorescas. Todo es muy primitivo y elemental. Se ve que ha tratado de complacer al lector mediocre. Y todos esos personajes del teatro vernáculo tienen que desaparecer: son personajes típicos de un mundo infrahumano. Mientras existan esos personajes en Cuba no habrá literatura seria ni profundidad psicológica en el ambiente. Los hombres serán simples marionetas, papeles recortados.

Al final, ¡agárrense!, el intelectual existencialista parece decidido a subir a la Sierra Maestra. Eddy quiere que la gente lea la novela y exclame: “Sí, asimismo eran las cosas antes en Cuba.” Para decir lo que la gente ya sabe no hay que escribir una novela. Lo que hay que hacer es enseñarle a la gente *lo que el hombre es capaz de sentir y hacer*. También debe buscar la aprobación oficial. El artista, el verdadero artista (tú lo sabes, Eddy), siempre será un enemigo del Estado. En eso también aspira al comunismo.

Eddy es uno de los que van a hablar en la biblioteca sobre la novela contemporánea. Lo leí en el periódico, creo que la cosa es el martes. Voy a ir: quiero ver qué dirá. ¿Qué puede decir sobre la novela que no esté ya dicho? Y mejor de lo que él podrá expresarlo en su puñetera vida. Carpentier es otro de los que hablarán.

Como cronista de la barbarie americana no está mal; ha logrado sacar del subdesarrollo el paisaje y la absurda historia del Nuevo Mundo. Pero eso no me interesa. ¡Estoy cansado de ser antillano! Yo no tengo nada que ver con lo “real maravilloso”; no me interesa la selva, ni los efectos de la Revolución Francesa en las Antillas. También van a descargar otros dos o tres escritorzuelos de esos como Eddy.

Acaba de sonar el teléfono. Lo dejé sonar; conté dieciocho timbrazos. Debe ser Elena. El corazón me palpita “como una patata frita”, así me gritaba la niñita de enfrente cada vez que me veía. Hace treinta años. “Veinte años no es nada y febril la mirada te busca y te nombra, vivir . . .” La cabeza de uno está llena de cretinadas como éstas. No puedo coordinar mis pensamientos; tengo miedo de que llame ahora a la puerta. No quiero verla. Si viene será más tarde. Elena me cae bien, no se parece a las pepillas estúpidas de mi adolescencia (¿será que ya soy viejo?), pero no quiero complicarme la vida.

A lo mejor llamó desde la bodega de la esquina. Es posible. Y sube ahora. Mejor hago silencio. No voy a escribir más.

No sé cómo se presta. Es una farsa todo. Parecía un juez sentado en la tarima. Yo creo que ni me vio desde allí arriba. Cuando regresó, creo que fue ya en el año 60, trató varias veces de verme pero yo no quise verlo. El día que llamó

por teléfono yo mismo le dije que no estaba. Escribió un artículo contra la revista esa de Nueva York, *Visión*, para la que estuvo trabajando durante cuatro años. ¡Si era tan mala no debió haber trabajado allí en primer lugar! Renunció cuando la revista empezó los ataques contra la revolución. Eso dijo. ¡Qué descarado! Regresó porque en Nueva York no era nadie: para lucirse en el subdesarrollo. Dos veces tropezamos en las librerías de La Habana vieja y no le contesté el saludo.

La mesa tenía un escudo dorado y viejo de la república. Yo creo que no me vio desde su Olimpo. Sacó un tabaco que tenía en el bolsillo del saco —seguro que compró el traje en el imperialismo, era un Príncipe de Gales azul— y lo encendió como si fuera un fumador veterano . . . Lo recuerdo clarísimo. Tuvimos hace años una discusión en La Terraza. Me dijo que fumar era una cobardía, que la gente fumaba para huir del vacío, para entretenerse y no sentir la soledad que los estaba royendo por dentro. En esa época yo me fumaba dos cajetillas de *Pall Mall* al día. ¡Es un descarado! Le daba vueltas al tabaco en la boca mientras hablaba Carpentier. ¡Ese es el único escritor que no necesita de la revolución para lucirse! Seguro que Eddy se sentía muy importante sentado en la mesa por encima de nosotros.

En otra época yo lo respetaba porque hacía

todo lo que yo no podía por miedo. Era bohemio, vivía en una casa vieja y abandonada que le dejó Lam. No trabajaba y sólo escribía y pintaba mientras yo me pasaba el día en la oficina ganando dinero para vivir sabroso. Eddy me acusaba de timorato porque no dejaba los negocios y me ponía a escribir. En esa época era medio anarquista: decía que todo era una mierda. ¡Quién te ha visto, Eddy, y quién te ve, Edmundo Desnoes!

Imaginé por un momento que yo estaba sentado arriba en la tarima. Hasta cierto punto sería divertido. Todo el mundo quiere a su manera que le hagan caso. Tal vez por eso yo escribo tanto ahora que estoy solo. Pero es una trampa peligrosa. Si pudiera moverme como recomienda Lao-tse: “El sabio cumple con su deber y se retira . . . anda por el mundo como el hombre que cruza en invierno un lago helado.” El *wei wu wei* de Lao-tse es la solución: “actuar sin actuar”, sin comprometerse. Pero es difícil estar y no estar al mismo tiempo. Hacer las cosas sin encadenarse al futuro. Prefiero ser insignificante. Tengo miedo a cogerle gusto a las apariencias como Eddy, y entonces ya estaría perdido. Soy demasiado abúlico, me dejo llevar. Si no hubiera sido por la revolución, todavía estaría vendiendo muebles y casado con Laura.

Estábamos juntos bajo el mismo techo, él arriba en la tarima y yo abajo entre el auditorio,



pero había un abismo entre nosotros. La gente que tiene cargos y puestos importantes y sale en los periódicos todos los días no tiene nada que ver conmigo. “Napoleón no hablaba con tontos como yo”; siempre he admirado esa exclamación de Stendhal.

Ningún escritor serio daría una conferencia con un tabaco en la mano. No puedo imaginar a ninguno de los escritores que mencionó —Kafka, Joyce, Proust— dando una conferencia en la Biblioteca Nacional. Ni siquiera a Hemingway, que no era más que un escritorzuelo.

Debió mantenerse fiel a sus ideas. Seguir siendo lo que era cuando lo conocí. La gente envejece y se malea. Nunca creí que fuera un oportunista. No lo creo capaz y, sin embargo, lo vi ayer sentado en la tarima fumando un tabaco y pontificando sobre literatura.

Yo soy en el socialismo un muerto entre los vivos.

Le voy a mandar mis cuentos inéditos. Algo tengo que hacer mientras esté vivo. Los estuve releendo. *Créalo no lo crea* es como yo veía entonces las cosas, pero no me gusta. Todos los problemas literarios, como dijo Henry James, son problemas de ejecución. Lo escribí en el cincuenta y tres. No tenía tiempo ni oficio, no vivía en un ambiente de suficiente densidad literaria. Voy a tratar de reescribirlo sin cambiarlo mucho. Así me divierto.

Se acordará de mí cuando lo lea. Eddy fue quien me llevó a conocer al viejito Pereira, cuando todavía no era escritor sino periodista. No lo traté mal.

Los cuentos sólo sugieren lo que podría haber hecho si me hubiera dedicado sistemáticamente a la literatura. Los voy a revisar con cuidado. Se los mando de todas maneras.

Esta mañana desperté oyendo música. Puse el radiodespertador para las ocho; pensaba ir a cobrar mi mensualidad de la Reforma Urbana. Salí del sueño poco a poco, oyendo una empalagosa música semiclásica (*music to dream by*, como dicen esos discos), estirando lentamente las piernas, sintiendo placer y pena al mismo tiempo en los músculos dormidos. Otras veces, cuando están dando las noticias o descargando sobre política, me despierto enseguida; me siento en la cama de un tirón y me veo despeinado y abotargado en el espejo de la cómoda. Con el pelo aplastado sobre las sienes y los ojos legañosos.

Cuando leí en Montaigne que su padre contrató a un músico para que cada mañana lo despertara con alguna tonada dulce, sentí un estremecimiento de añoranza. Siempre sufro mis peores ataques de angustia al despertar cada día.

La idea de abrir los ojos ante un músico ara-

ñando las cuerdas del violín tampoco me gusta. Pertenece a otra época. La presencia de un extraño agudizaría mi sentido de culpa; el músico me miraría en la cama como a un parásito y a un esclavista . . .

La verdad es que estoy pensando como en el pasado. Antes de la revolución cualquier excéntrico con plata hubiera podido contratar a un violinista para que lo despertara por la mañana, pero ya no. Todavía no me acostumbro a colocarme dentro de la revolución, todavía no veo que todo ha cambiado: hasta mis fantasías. Ya no puedo ser, no soy el mismo. Mis posibilidades se han reducido al mínimo. Ya no puedo viajar ni escoger el auto que quiero comprar o la revista que me gustaría leer. No hay variedad burguesa para unos cuantos, hay sólo chata igualdad socialista para todos. No tengo futuro: el futuro lo planifica el Estado. El futuro del burgués —eso soy, porque es cierto, vivo en “el primer país socialista de América”— ha quedado reducido a cero. El único refugio que tengo está en mi cabeza y hasta ese rincón ha entrado a trompicones la revolución. Le han quitado la libertad al burgués para planificarle el futuro a los trabajadores. ¡Hay hasta un placer morboso en saber que la gente como yo se va extinguiendo!

Existo por la generosidad del gobierno: recibo todos los meses cuatrocientos treinta y ocho

pesos de la Reforma Urbana. Me quedan todavía por cobrar trece años. No, doce, once; ya han pasado dos años desde que me quitaron la casa de apartamentos. ¡Y decían que esto no duraba un mes! No me voy a preocupar del futuro. Podemos volar todos antes. ¡El hongo atómico me está sonriendo! ¡Qué sé yo!

El radio y la revolución acabaron definitivamente con todo lo que representaba Montaigne oyendo cada mañana la dulce tonada de un músico detenido junto a su cama. Si alquilo a un violinista para que me despierte cada mañana me fusilan. ¡Me duermen a tiros en el paredón!

Yo pienso, invento cosas y me voy enredando.

No debiera escribir nada. Lo digo de verdad. Hasta lo que acabo de poner me enreda. ¡Coño, no puedo más! Y sigo. Algún día me cansaré . . .

No tengo muchas esperanzas de que publiquen aquí los cuentos. Eddy ni los tomará en cuenta. Trataré de sacarlos del país para publicarlos, aunque es posible que ni siquiera los publiquen en el extranjero. Aquí no los publicarían porque yo soy un gusano, y fuera porque soy un escritor subdesarrollado.

Estoy jodido. De todas maneras los pienso seguir reescribiendo. Y si puedo escribiré algunos cuentos nuevos.

Por lo menos moriré tranquilo: intenté hacer algo en mi vida. Es mi última ilusión, lo último que me queda, la razón que me doy para seguir

respetándome, para seguir viviendo . . . Aunque me temo que todo es un globo inflado, otra ilusión que me hago; probablemente mis cuentos son tan subdesarrollados como las décimas guajiras de Cheo Alvarez. Bueno, mientras escriba viviré engañado. Tengo ganas de cagar.

Hacía, coño, un calor insoportable cuando salí esta mañana. Decidí ir caminando hasta el banco de Galiano. Es la única manera que tengo de ver lo que está pasando a mi alrededor. Salí caminando en zigzag.

Pasé frente por frente a las rejas de la casa de Francisco de la Cuesta. De niño nos juntábamos al salir de La Salle, porque después apenas si lo volví a ver un par de veces. (Ahora la casa es una embajada, la vietnamita o la coreana, creo; vi salir a dos asiáticos lampiños y montarse en un Oldsmobile con chapa diplomática.) No recuerdo exactamente a qué jugábamos. Solamente para jugar tenía dos habitaciones; nos tirábamos en el suelo sobre un diseño de hojas verdes, oscuras, y ramas ocreas, muertas, en las losetas. En el garaje veía siempre un Rolls Royce negro, lustroso, viejo, sin gomas y montado en dos burros. ¿Dónde estará Francisco ahora? ¿Se acordará de a qué jugábamos? Trato de recordar y nada.

La Salle ahora es una escuela sin curas y llena de becarios con camisas grises en lugar de las camisas azules de cuello ancho que llevé du-

rante tantos años. Recuerdo el día en que le dije al hermano que mi nombre era francés como el de San Juan Bautista de la Salle y delante de todos los muchachos (no puedo olvidarlo) dijo que no, y yo que sí y él que no. Tenía los brazos cruzados. ¡Qué peste a humedad y tiza tenía la sotana! Los brazos cruzados y no hacía más que apretarse el huequito sobre el labio superior. Lo hacía siempre, hasta en la capilla. El hermano Fernando se llamaba. Era cubano. Yo le insistí en que mi apellido, Malabre, era francés, que la familia de mi madre vino de Haití cuando la revolución . . . cuando los esclavos haitianos empezaron a quemarlo todo y matar a los blanquitos. No me creyó. Le hablé de los cafetales . . . Nada. Me dieron ganas de gritarle, de insultarlo, de tumbarlo a golpes. Pero comprendí que no podía hacerlo. El era más fuerte; tenía la razón. Los curas siempre tienen la razón cuando uno está en la escuela. Tenía trece años. Comprendí entonces por primera vez con toda claridad la relación entre la justicia y el poder.

Después de aquella humillación decidí ser el primero de la clase. Hasta entonces había sido un estudiante mediocre. Estudié como loco y durante un mes fui el primero de la clase. Pero me aburrí y caí estrepitosamente hasta el fondo. Era más divertido. Me agradaba esa mezcla de odio y admiración que provocan los malditos de

la clase. Me alié al más jodedor de la clase: Alejandro. Un día hicimos cada uno un abanico con el cartón gris de un block y le pintamos unas mujeres desnudas con el lápiz: de piernas largas y senos puntiagudos; de perfil, porque era más fácil. El cura nos sorprendió. Nos expulsaron del colegio por una semana.

Al año siguiente conocí a Troló. El padre y la madre eran húngaros. Vivían en una casa de madera cerca de la avenida Veintiséis. El estudiaba violín y la hermana piano. Armando se burlaba de mí porque yo leía las novelas de Sargari y me regaló la biografía de Napoleón de Emil Ludwig. El padre tenía un taller donde hacían silenciadores para camiones y autos, allá por la calle Belascoaín. La madre preparaba unos dulces fantásticos: pisos y más pisos de mantequilla y panetela, pasteles con crema de chocolate y almendras. La hermana no me gustaba, tenía pecas y me parecía siempre a punto de deshacerse en polvo; usaba vestidos almidonados y no jugaba con los varones.

En casa de Armando oí por primera vez ideas en las conversaciones. Fue un verdadero descubrimiento para un muchacho que sólo oía estupideces en su casa: "Hoy ha hecho un calor insostenible." "¡Cómeme el bisté que está muy bueno!" "Este mes los negocios, dos buenas operaciones . . ." El padre de Armando era librepensador. Le daba todas las semanas un peso al

hijo para que fuera a un prostíbulo. Armando era un año mayor que yo y me llevó por primera vez al barrio de Colón. Me llevó a una gorda repugnante y le recomendó que me tratara bien, que yo era su amigo. Iba todas las semanas con esta mujer para ahorrarse cincuenta centavos. Ella se desnudó en un dos por tres y se tiró como una lechona en medio de la cama. Yo me senté desnudo en una esquina a quitarme los zapatos. No me gustaba nada la mujer. Ella estaba echada en el hueco del colchón y yo rodé hasta caer a su lado. Me manoseó sin resultado alguno. Nada. Le dije que lo había hecho el día anterior y ahora no tenía ganas. No me creyó pero le pagué de todas maneras el medio peso. Me insultó, pero cogió el dinero. Armando me regañó.

Yo sabía que no podía quedarme así, pensé en aquello de “si te caes del caballo, vuélvete a montar enseguida” y le dije a Armando que iba a buscar una puta que me gustara. Por fin encontré una trigueña flaquita con el pelo largo, con olor a jabón y colonia, que me entusiasmó y le dije que la quería y la sentí tierna y frágil entre mis brazos. Volví a la semana siguiente a la misma casa de la calle Crespo pero la matrona me dijo que la trigueñita estaba enferma. Me dijo que podía escoger a otra de las muchachas. Yo salí meneando la cabeza . . . Estaba muy triste, pero busqué otra prostituta esa misma tarde. Una que se negó a quitarse los ajustadores



porque —eso me dijo— estaba dándole todavía de mamar a su hijo. Ahora comprendo que la mujer era una víctima, una infeliz: pero en ese momento me sentí estafado.

En el último año el hermano León, parecía un puerco espín, nos habló en detalle de las enfermedades venéreas: llagas, huesos torcidos y podridos, dolores insoportables, hijos deformes . . . Durante un mes dejé de ir al barrio de Colón. Después ya se me olvidó.

Mi intención original fue caminar en zigzag, pero acabé buscando inconsciente las calles de mi adolescencia. Todo empezó a partir de La Salle: los pies me fueron llevando; las cosas en sí eran opacas y sólo veía mis recuerdos.

En la esquina de G y Trece había un colegio de monjas, las Dominicanas Francesas. Laura estudió allí. Recuerdo que me lo indicaba cada vez que subíamos por la calle G, y yo sólo me fijaba en la virgen del nicho; una virgen azul, creo, pisando una serpiente. Ahora tiene un letrero junto al techo: *LENIN, escuela de superación obrera*.

Estaba muy cerca de la casa de Hanna. Pasé por la esquina (allí recostado al húmedo murito, la esperé muchas veces) donde leí, mirando un álamo y el tendido eléctrico. *La ahogada del cielo*:

*Tejida mariposa, vestidura*

*colgada de los árboles  
ahogada en cielo, derivada  
entre rachas y lluvias, sola, sola, compacta,  
con ropa y cabellera hecha jirones  
y centros corroídos por el aire.*

Los besos de Hanna sabían a pétalos sin perfume, a carne húmeda. Era muy blanca y rubia, y cuando le miraba los ojos azules, líquidos, las piernas se me aflojaban. Iba por la tarde a recogerla al colegio St. George y veníamos caminando juntos. En verano pequeñas gotas de sudor se le formaban en la barbilla.

El padre era joyero, especialista en diamantes. Siempre vestía de lana azul marino, hasta en agosto. La madre era joven, más joven que el padre, eficiente; yo siempre le miraba los brazos junto a la cintura estrecha y las caderas generosas, y pensaba que sería una mujer más atractiva si no tuviera los brazos tan cortos, el codo tan arrugado y huesudo.

Me cuesta trabajo recordar estas cosas aunque estoy tan lleno de ellas que me ahogan. En todas se mezcla la miel con la mierda; el deseo de vivir con la tristeza; el triunfo con mi derrota.

Hanna se marchó a Nueva York y fui corriendo detrás de ella. Entonces yo estaba en primer año de derecho: me fui antes de que terminara el curso, ni siquiera esperé a los exámenes. ¡Mi

única rebeldía! Gasté los mil pesos que mi padre me regaló cuando me gradué de bachiller en ciencias y letras.

Llegué a Nueva York enfermo: ella y su madre me cuidaron, me acogieron en su apartamento . . . La madre me trató como si fuera su hijo (nunca se lo agradecí). Llamó al médico; yo tenía fiebre y una diarrea que me llenaba de vergüenza. Por primera y última vez me pusieron un termómetro en el recto.

Convaleciente todavía me trasladé a un hotel destartalado a media cuadra de Hanna. Todas las mañanas venía a recogerme a la habitación. Pasamos tres meses juntos: caminando por las calles; yendo a los museos, a los cines, a las tiendas; caminando por los parques, y largas horas retozando desnudos en la cama. Me molestaba caminar hasta el baño sobre la alfombra; el piso de madera crujía y crujía. Extrañaba los pisos fríos de losetas cada vez que me levantaba de la cama.

Me hago trizas y se me hace un nudo por dentro. Fue mi primera mujer; rompió mi soledad atolondrada y me uní a ella blandamente, sin miedo.

Acordamos casarnos —no creíamos en papeles, pero decidimos que sería más cómodo y yo siempre he preferido la comodidad a la verdad— cuando regresara de Cuba después de arreglar todas mis cosas aquí. Encontraría tra-

bajo en Nueva York, sería escritor; Hanna prometió en su delirio romántico trabajar para mí hasta que me hiciera famoso. Lo primero que haríamos era comprarnos un cacharro y atravesar Estados Unidos de este a oeste. Siempre le decía que yo, a diferencia de la mayoría de los europeos, tenía mucho que agradecerle a Hitler. Gracias a él la había conocido: si no hubiera decidido incinerar a todos los judíos no la hubiera conocido. Jamás Hanna hubiera caído en Cuba.

Quisiera recordarlo todo mejor.

Regresé a La Habana y mi padre me había comprado ya la mueblería. Ni siquiera me opuse violentamente. ¡Soy un mierda! Acepté meterme todos los días detrás de los cristales de la tienda, en la calle San Rafael, pero abandoné la casa de mis padres. Fue mi pequeña y patética independencia.

En esos días, antes de conocer a Emma, no tenía nada que hacer muchas noches, escribí mi primer cuento, *Jack y el guagüero*, ya con la idea fija del subdesarrollo.

Todavía está mal escrito, pero si sigo tachando cosas pintorescas no quedará ni como viñeta. Además, es algo que realmente pasó; yo estaba en la guagua. Cuando preguntaron si alguien sabía inglés yo me callé la boca. No quise ayudar al americano ni al guagüero tampoco. No quise intervenir, quería ver cómo terminaba to-

do. Pensé que iba a terminar a piñazos y en la estación de policía. Yo era el único en la guagua que entendía lo que estaba pasando; entendía al cubano y al americano. Gocé la situación. Es la primera vez que me sentí un poco como Dios viendo a los hombres destruirse sin ayudarlos, dejándolos a su libre albedrío. ¡Dios, como todo creador, es un canalla!

Me pasé dos años trabajando como un loco. Me vendí la idea de que podría en un par de años ahorrar un poco de dinero y no llegar a Nueva York con las manos vacías. Eddy en esa época se fue para Nueva York e insistió en que me fuera con él, que la tienda era una trampa. No le hice caso.

Pocos meses después me puse a vivir con Emma, la trigueña (se parecía remotamente a Greta Garbo) que vendía discos enfrente de la mueblería. Todo era más cómodo así. Emma tenía treinta y cuatro años y acababa de divorciarse del "amor de su vida": un abogado viejo que le llevaba como quince años. La había vuelto loca con sus celos. La torturaba obligándola siempre a caminar con tacones altos por el medio de las calles sin asfaltar de Manzanillo. Cuando se divorció no regresó con su familia: el padre, un asturiano terco, la botó de la casa porque decidió contraer matrimonio con el "amor de su vida". Vino para La Habana. Vivíamos en

un apartamento al doblar de la mueblería . . . y pasaron dos años.

Regresé a Nueva York con la excusa de los negocios y en lugar de ponerme a ver los nuevos diseños de muebles busqué a Hanna. Hacía seis meses que no le escribía. Estaba lloviendo cuando fui a recogerla a su casa. Todavía vivía en West End Avenue. Me dijo que sólo podíamos tomar un café juntos, que estaba muy apurada; tenía una cita. Era novia de un escritor de verdad, un escritor que había publicado ya varios ensayos en revistas de universidades mondongueras como la de Idaho y Texas. ¡Le metí la pasión de la literatura en la cabeza para que me traicionara! Tomamos el café: las manos me temblaban y cuando abrí los sobrecitos de azúcar el mostrador se llenó de granos blancos que crujían bajo mis codos. La dejé —yo no quería dejarla— bajo la marquesina del edificio de apartamentos. (Yo llevaba espejuelos en esa época; sí, ahora recuerdo, tenía astigmatismo, muy poco, pero usaba los espejuelos por novelería, no como ahora que los necesito de verdad.) Estaba más apetitosa que nunca: una cirugía plástica le había borrado de la cara su único defecto: una nariz ganchuda. Le dije, viendo cómo las luces de la calle se reflejaban brillantes en las gotas de agua de mis cristales que “parecían diamantes”. “Tú no cambias”, me dijo. No sé lo que quería decir con eso.

De Nueva York me fui a Europa; en Alemania las ruinas y los hornos crematorios de Buchenwald me hicieron sentir aún más destrozado.

Más tarde, ya casado con Laura, me enteré con alegría, sí, con alegría (me lo dijo una discípula suya de St. George con la que todavía se cartea; se escriben estupideces, de eso estoy seguro, aunque demuestra en Hanna una lealtad admirable) que se había divorciado. Me alegro de que ella tampoco haya sido feliz.

Regresé de ver por última vez a Hanna y de las barbaridades de Alemania completamente jodido. Tuve entonces una época despreciable; tal vez la más agresiva y dinámica de mi vida. Me refugié en los negocios. Traté, por encima de todo, de triunfar, de borrar mis fracasos, de olvidar mi cobardía. Hice un esfuerzo de voluntad: los negocios, naturalmente, prosperaron; prosperaron, creo, porque (en el fondo) me daba lo mismo hundirme que hacer dinero. Ahora también quiero sacar las cosas en claro aunque tenga que cubrirme de mierda.

De esa época es *Yodor*, tal vez el mejor cuento que he podido escribir en mi vida, aunque apenas hice nada en ese caso. Tal vez por eso. Me había comprado una grabadora y de vez en cuando recogía conversaciones sin que la gente se diera cuenta. Lo único que hice fue dejar sólo las respuestas y los comentarios de Torres y su-

primir lo que yo decía. Es un poco largo, como todas las conversaciones en la vida cotidiana, y pienso suprimirle una tercera parte cuando lo pase en limpio.

Fue en mi oficina. Ese día Torres me llevó el álbum con todo lo de Yodor. No sé por qué; tal vez sospechaba que yo estaba a punto de botarlo. Quería, el muy iluso, ablandarme. Realmente me impresionó lo del muñeco —como símbolo de la vida en Cuba— pero no le dije nada, no estaba en disposición de cogerle lástima a nadie. Lo tenía que botar porque no estaba dando resultado. Así pude sacar adelante la fábrica de muebles. Contraté a Torres porque creía que sería un buen diseñador de muebles, pero nada. Lo tuve que botar.

Este mes fui hasta el banco cómodamente sentado en un taxi. Aunque preocupado: siempre pienso que no me van a seguir pagando. En el banco esperé poco. Había sólo siete u ocho personas decrepitas en la cola. Me sentí un parásito social; no exactamente; un cuchillo afilado que nunca se usaría. No había nadie de mi edad cobrando. Todos eran viejos consumidos con el cuello lleno de lunares de pelo blanco que seguramente no vieron al afeitarse por la mañana y viejas cegatas con el dinero atado en pañuelos mugrientos. Creo que algunos iban a cobrar su



retiro. De todos modos quería arrugarme ante sus ojos como una pasa. No vi a nadie conocido; hace unos meses todavía me encontraba con comerciantes de por allí, viejos que siempre me hablaban de negocios o de chiquitas. El último que vi fue a Lorenzo, el de los discos; me dijo: "Ahora dicen que yo, ¡mira que he trabajado en mi vida!, soy un ladrón, un explotador." Ya ni sabía en qué año estaba viviendo, hasta me preguntó por Emma. ¿Dónde estará? ¿Se habrá ido también? ¿Será revolucionaria en venganza; porque yo, un rico propietario burgués, la abandoné? No tiene por qué acordarse de mí, ¡mira que soy pretencioso! Puede que me recuerde más que Hanna o Laura, a pesar de haberla repudiado (no por pobre, sino por vieja; me llevaba diez años).

Cobré y me fui caminando hasta el Parque Central. Estaba tan aburrido que me hice una foto de esas que se ponen amarillas de un día para el otro. Cada día tengo la cara más grande, me da la impresión de que me está creciendo, pero lo que pasa es que me estoy quedando calvo.

Monté en una guagua. Ya iba llena cuando subí; sudé como un desesperado (el otro día leí que no descendemos del mono porque el mono no suda; el caballo, sin embargo, suda), me molestaba la camisa pegada a la espalda y la gente tropezando conmigo todo el tiempo. Me sentí como una babosa.

Extrañé por primera vez el automóvil. Cuando nacionalizaron la tienda se quedaron también con el carro porque aparecía a nombre de la mueblería. La máquina me aislaba de mis semejantes. Recuerdo lo agradable que era regresar a casa por el malecón, el sol poniéndose en un crepúsculo apoteótico, oyendo una canción en el radio, un tango ridículo, como *Uno*:

*Uno va arrastrándose entre espinas  
y en su afán de dar su amor,  
lucha y se destroza hasta entender  
que uno se ha quedado sin corazón.  
Precio de un castigo que uno entrega  
por un beso que no llega  
o un amor que lo engañó,  
vacío ya de amar y de llorar  
tanta traición.*

Yo no quisiera “tener el corazón, el corazón que di”. Con los años he olvidado las poesías que una vez aprendí de memoria. Para citar el poema de Neruda tuve que buscarlo en *Tercera residencia*. Las letras de cualquier canción olvidada, las eructo a cada rato. Asocio cualquier cosa a una canción: un lugar, una persona, un estado de ánimo, una idea. Las canciones populares están cargadas de recuerdos y sensaciones y sabores y olores.

Tengo treinta y nueve años y ya soy un viejo.

No me siento más sabio, como esperaría un filósofo oriental, ni más maduro. Me siento más estúpido. Más podrido que maduro. Como un mamey panudo, como el bagazo . . . Es posible que tenga algo que ver con el trópico. Aquí todo madura y se descompone con facilidad. Nada persiste como el sabor del hígado de bacalao. Desde los trece años metido en los prostíbulos. A los quince me creía un genio. A los veintidós, propietario de una elegante mueblería. Mi vida es como un vegetal monstruoso y fofo. De hojas enormes y sin frutas. Recibí carta de Laura. Está de cajera en una cafetería de la calle Cincuenta y Siete. Allí seguro que encuentra “un buen partido”, como decía la vieja. Dice que se siente sola, que aunque no volvamos (“aunque me pase la vida llorando, tan sólo llorando, no vuelvo contigo . . .”) yo debería salir de Cuba antes de que “sea demasiado tarde”. Ya encontrará quien, si no la quiere, por lo menos la acompañe en su soledad. Tuve la carta en una gaveta durante más de una semana sin atreverme a romper el sobre y leerla. No la contesté. ¡Coño, cómo duele!

Se me ocurrió revisar los sobres llenos de fotografías que hay en la última gaveta de la cómoda. Ahí también encontré el álbum que Laura compró en El Encanto para pegar las mejores.

Sólo hay dos páginas con fotos. El resto está vacío. Páginas negras, sin nada.

Vacíé todos los sobres en el suelo y me puse a mirarlas despatarrado entre la cama y la puerta. Lo primero que me saltó a los ojos fue Laura por todas partes: en la plaza de San Marcos, dándole de comer a las palomas; tirada en la playa, las manos detrás de la cabeza, una pierna recogida y la otra estirada; otra en Nueva York, en la Quinta Avenida, con los maniqués de Bergdorf-Goodman detrás, en la vidriera. La foto que más me sedujo es ella en colores, ante una cabaña de la piscina del Habana Riviera, descalza, parada en la punta de los dedos, con una camisa italiana con dibujos en color pastel y unos pantalones azul celeste, detrás estaba la puerta de persianas rosadas; pero la foto se ha desteñido, Laura está como amoratada. La cara, sonrisa y todo, tiene un color violeta rojizo de carne putrefacta. En otra estamos los dos con los americanos de la Simmons que nos invitaron aquel día a la piscina . . .

Encontré la foto en que aparezco de niño con mi madre, la cabeza recostada contra su espeso pelo cortado a la "garçon" y mi pequeño hombro apoyado también en uno de sus senos. La vieja llevaba un collar de perlas de una sola vuelta y los labios pintados muy oscuros. Yo tenía la misma boca grande, estirada (Emma me dijo una vez que parecía un coño) en la quijada

enorme, y los ojos asustados. Los ojos siempre asustados en todas las fotografías. Hasta en la que, vestido de charro mexicano, sonriendo, apunto a la cámara con una pistola.

La que sacaron el día que inauguraron la mueblería es un poema. Estoy todo vestido de blanco, con unas tijeras en la mano, a punto de cortar la cinta; al lado tengo al cura con la bata de encajes y el hisopo, también a punto de regar chorritos de agua bendita por toda la tienda (llegó hasta los talleres del fondo). Y luego los comemierdas de siempre en el coro y las pepillas que se estrenaban el último vestido que esa misma mañana les había terminado la pobre modista de Luyanó. Tomamos todos sidra. Me miro en esas fotografías y no me reconozco. Parece que estoy en la cresta de la ola, encima del mundo, y, sin embargo, nunca me sentí tan jodido. Sólo pude sonreír.

Hay tres fotos por las que siento especial cariño. Una que nos tomamos paseando por Riverside Drive en Nueva York. Laura se enfureció cuando me metí dentro del latón de basura, de esos que hay en los parques para cajetillas vacías de cigarros, cartuchos de caramelos y helados, y envases de papel encerado. Me metí en uno de esos latones, estaba de saco y corbata, y le pedí a Eddy que me retratara con la mano por encima de Laura. Ella por fin se portó dócil y se dejó retratar: yo en el latón de basura, ella a mi

lado, con mi brazo en su hombro, y su barbilla en el aire como una modelo desairada.

La otra nos la tomamos con Pablo y Esther en el apestoso lago Xochimilco; yo hasta tengo puesto un sarape y la cara es de bandolero siniestro, con una mueca espantosa. Soy el único de la foto que parece un fugitivo. Fue durante un viaje que hicimos de turistas totales, un mes de comemierdería absoluta. ¡Hasta caímos en Acapulco y vimos al indio ese infeliz que se lanza desde lo alto de aquella escarpada roca y cae en el agua transparente!

Y la última es la que me tomé el otro día en el Parque Central. El fotógrafo ambulante me preguntó si la quería de carnet y le dije que sí. Era más fácil. Entonces me puso un hule negro detrás, un trapo cuarteado, una especie de pantalla o rollo de pergamino, y apretó el disparador. Tengo la cara llena de sombras, pero no estoy haciendo muecas como en todas las otras fotografías que me han tomado bajo el sol. La boca sigue grande, estirada, aunque un poco caída (ahora debe parecer el sexo marchito de la bella Hëaulmiere de Villon: antes *ce sadinet assis sur grosses fermes cuisses, dedens son pepti jardinet* y ahora *du sadinet, fy!*), los ojos asustados, pero con unas ojeras espesas. Yo creo que aparento cierta dignidad.

Creo que la grabadora ya está definitivamente rota, por lo menos está muy estropeada. No me voy a molestar en repararla. Es de lo más relajante dejar que todo se rompa, se pierda —y no preocuparse—, no aferrarse a las cosas y las personas. La grabadora y Laura se rompieron, se han estropeado. De tanto pasar la cinta yo creo que se rompió la resistencia o algo. La voz se va y viene pero de todas maneras he transcrito toda la conversación. De tanto poner la cinta y oír a Laura he logrado verlo todo como algo separado, independiente de mí mismo. Como si escuchara sufrir a otras personas. Me he oído y comprendo ahora que tiene razón Laura, soy cruel, mentalmente cruel. Ella no era lo que yo quería que fuese y por eso la torturaba mentalmente. No podía cambiarla. ¿Por qué tenía que hacerlo? Fue un acto de tortura sadista haber puesto la grabadora y haberla llevado a una discusión . . . una discusión que terminó siendo tan dolorosa para mí como para ella. Tan dolorosa. De verdad pensaba irse y se fue. Soy un monstruo, hago bien en tratar de vivir solo. Entre más solo estoy menos gente me puede herir y a menos gente puedo joderle la vida.

Lo preparé todo cuidadosamente, con premeditación y alevosía, pero me salió el tiro por la culata. Laura estaba leyendo en la cama cuando

conecté la grabadora, yo creía que se oía el motor y el transcurso de la cinta:

—¿Qué estás haciendo?

—No lo ves, leyendo . . .

—No, quise decir ¿qué estás leyendo?

—Una cosa banal, frívola y decadente. *The best of everything*, *Lo mejor de todo* se podría llamar en español, o *Lo mejor del mundo*. Soy una buena traductora, ¿verdad?

—Sí, la película aquella de Louis Jourdan y la modelo famosa ésa. ¿La vieja quién era? Sí, Joan Crawford, ahora me acuerdo, sobre las mujeres de carrera . . .

—Eso es lo que yo quiero ser, una mujer de carrera, estoy cansada de ser una mantenida rica y frívola. Estamos casados pero vivo como una mantenida. Quiero ser una mujer eficiente en los negocios y apasionada en el amor . . . Aquí no se puede vivir elegantemente, para eso hay que vivir en Nueva York . . .

—Su cutis merece lo mejor, ¿tú crees que tu cutis merece lo mejor del mundo?

—¿Por qué no? Déjame seguir leyendo . . . ¿Qué haces ahí sentado mirándome? Tú sabes que no puedo leer ni hacer nada cuando te pones así a mirarme, analizándome como si yo fuera un bicho raro . . .

—¿Por qué no hablamos un poco?

—*What's come over you?* ¿Qué bicho te ha picado?



—Un bicho raro, qué bicho te ha picado. Te gusta mucho hablar de bichos para todo . . .

—¿De qué voy a hablar? Cuba es un país lleno de bichos, de gente sucia, de chusmería . . . Es un país que atrasa, como dices tú . . .

—¿Y tú qué crees?

—¿A qué viene eso? A ti nunca te importa saber qué pienso yo de nada. Realmente, *what's come over you?*

—Estás practicando mucho tu inglés . . . Yo creo que te quieres ir de verdad.

—Pero es el colmo, fuiste tú, tú mismo me pusiste a estudiar inglés . . . para los viajes, para que leyera novelas en inglés y ahora me criticas. No te comprendo. Nunca te he comprendido.

—No seas picúa.

—¿Por qué no? Soy picúa, ¿y qué?

—Sigue, sigue, tú sabes que así me gustas más, cuando te pones chusma, eso me erotiza siempre, cuando luchas entre la elegancia y la chusmería, entre la chancleta y la sofisticación . . .

—Hace rato que te estoy mirando y te encuentro cada día más feo, ¿qué te pasa? Lucas, yo no sé, estás de lo más malo últimamente . . .

—Es que ya no tengo brillantina *Yardley* para el pelo, ni pasta de dientes *Colgate*, ni loción imperialista para después de afeitarme, como tú sabes esas cosas ayudan . . .

—Eso mismo. Necesitamos un viaje.

—Tú, sin embargo, cada día estás más atractiva.

—Pero me estoy poniendo vieja, tengo ya . . .

—No importa, la belleza es algo artificial y cada día tú estás más artificial. A mí no me gustan las bellezas naturales, jóvenes, me gustan las mujeres como tú, hechas artificialmente por la educación, la buena comida, los ejercicios, la buena ropa, el maquillaje . . . Gracias a eso has dejado de ser una cubanita chusma para convertirte en una mujer elegante, rutilante . . .

—Eres atacante, no te soporto. Nunca sé si estás hablando en serio o te estás burlando de mí . . .

—Un poco de las dos cosas . . .

—Bueno, te vas a burlar de tu madre . . .

—Ja, ja, ja . . .

—Te vas pa el carajo . . .

—Muy bueno.

—Y si no quieres que siga hablando así me vas a tener que sacar de aquí ahora mismo, yo no resisto seguir viviendo aquí . . . Ya no voy a volver a meterme en la cama contigo. No soporto hacer el amor sin aire acondicionado, el aparato sigue roto; no lo soporto cuando empiezo a sudar y tú te pones pegajoso, tú sudas demasiado, eres un animal sudando . . .

—Tú sabes una cosa, todo eso que tú has dicho está grabado . . .

—No, no lo puedo creer, tú no me puedes hacer eso a mí . . .

—Pues, sí, está todo grabado, cada palabra está ahí en esa cinta que tú ves dando vueltas ahí en la grabadora. No busques tanto, ahí abajo, en el suelo . . .

—Eres un cabrón, nunca te lo perdonaré, nunca, eres un monstruo, una bestia, voy a romper el aparato . . .

—No hagas eso, no hagas eso . . .

—¿Qué quieres, que te entre a patadas a ti?

—Es preferible . . .

—No voy a darte ese gusto. Tú y yo hemos acabado. No te quiero mirar, no te quiero ver nunca más. Yo me voy sola, no me interesa ya que vengas conmigo al Norte. No me interesa. Yo me voy sola, sola me voy para Estados Unidos ya, no aguanto un día más aquí.

—No sigas pateando el aparato . . .

—Me da la gana. Cuando me vaya no podrás jugar más con el aparatico, seguro que te piensas buscar otra mujer para torturarla igual que me torturas a mí . . . Por lo menos no podrás grabarle la voz a ninguna puta, porque aquí en Cuba lo único que quedan son putas . . .

—Me vas a dejar solo.

—Te voy a dejar solo y solo y solo . . . con tu grabadora. Además, estoy cansada ya de que me trates como si yo fuera una rata de laboratorio para tus caprichos y jueguitos. Yo tengo

que vivir mi vida, ya yo me estoy poniendo vieja, pronto tendré treinta y cinco años, me voy, me voy. Me voy sola. No te necesito ya. Tú y yo hemos terminado.

—Me dejas ahora porque la cosa está difícil, tú no decías que me amarías toda la vida.

—Me voy, me voy . . .

—No decías que me ibas a esperar, que nos iríamos juntos . . .

—Me voy sola . . .

—Así que me dejas . . .

—Te dejo y me voy sola.

El tipo me trató con pinzas, me habló de “usted”: “mire, ya no quiero molestarlo”, “es un asunto muy delicado”, “mi hermana es señorita”, “póngase usted en mi lugar”: pero tenía un aspecto siniestro con esos pantalones como velas de barco, con unos pliegues enormes, y caídos por debajo de las caderas.

Yo me puse serio pero estaba desconcertado. Lo miraba y no comprendía cómo ya no me había entrado a piñazos. Ese era el miedo que yo tenía. Mi serenidad aparente nada tenía que ver con las ideas que me zumbaban en la cabeza.

Me dijo que Elena era virgen antes de conocerme y que mi obligación era casarme con ella. Lo antes posible. Yo le dije que sí por sacármelo de encima. Siempre que las cosas fueran con pa-

labras y razonamientos yo tenía la ventaja. Estaba simplemente aterrado. Insistí en que no había violado a su hermana. Le pedí hablar con Elena; me puse sentimental, le dije que primero Elena tenía que decírmelo a mí todo a la cara. “La has desgraciado”, insistía el tipo, “la has desgraciado”.

Todo porque hacía una semana que no le abría la puerta. Elena llamaba por teléfono, tocaba violentamente a la puerta: yo no contestaba ni abría. Las mujeres son víboras cuando se sienten rechazadas. Yo estaba dispuesto a negarlo todo hasta el final. Quería que me acusara, que me lo dijera todo a la cara para negárselo así de plano. Desde luego, yo no quería saber nada con la policía; estaba dispuesto a casarme con Elena si ella me lo pedía. Prefería que su familia —seguro que tenía una parentela infinita— me comiera por una pata, pero mil veces, antes que podrirme en una cárcel.

El hermanito quería ese mismo momento ir a buscar a Elena, pero yo insistí en que por la noche sería mejor. El aceptó. No lo hizo por mí: era la hora del almuerzo y debía regresar al trabajo. Dijo algo que no entendí sobre el “ausentismo”.

Si lo oía solamente resultaba muy amable, pero era siniestro cuando lo miraba detenidamente.

Nos citamos en El Carmelo; le dije que comía

allí todas las noches. No quería que volviera al apartamento. No lo quería volver a ver en el apartamento, dentro del pozo de la sala. Además, El Carmelo era un buen lugar para acomplejarlo, un ambiente refrigerado con residuos de la burguesía; seguro que lo pondría incómodo, pensé, y se sentiría cortado.

Yo estaba dispuesto a casarme. Era mejor que ir a la cárcel por corruptor de menores. Me sentí miserable, acorralado; de vez en cuando sentía deseos de rebelarme y mandarlo al carajo, pero el miedo me dulcificaba.

Cuando me senté a comer solo en El Carmelo, mientras los esperaba, pensé que había cometido un error. Si el ambiente los humillaba, ellos me humillarían a mí con su presencia. Nada de eso tenía importancia: yo estaba dispuesto a que me jodieran. Yo estaba seguro, sin embargo, de que no era virgen. Eso que la madre me habló de la sangre en los pantaloncitos de la hija. Déjame no precipitarme.

Hace un mes que no puedo escribir. Sólo recordar algunas escenas de lo que pasó me agobia; siento el vaho del sudor y el mal aliento y la peste de los prisioneros. Un ambiguo terror a todo.

Elena insistió en que yo la había “desgraciado”. ¡Mira que con la sensualidad del trópico hablar del sexo como si fuera una desgracia! Yo, imperturbable. Me hice la víctima: accedí. Me

casaría con Elena. “Pero tiene que ser enseguida, ya”, vociferaba el diablo de su hermano. Le dije: “Yo no sé qué papeles hacen falta” (no le había dicho que todavía estaba casado con Laura). Elena dijo sin mirarme que yo la había engañado, que le había prometido, que era la primera vez, que nunca; estaba colorada. Pero con tal de insultarme, lo soltó todo. Hasta el ataque de llanto que le dio después que hicimos el amor. Todo el mundo nos miraba desde las otras mesas.

Salimos a conocer a sus padres que estaban esperando en la esquina. En la calle Línea, sentados en un banco, ante la parroquia. Recordé que de muchacho solía sentarme allí con Pablo. ¡Cómo ha cambiado todo! Eso me deprimió más todavía. Me querían joder pero son unos infelices.

“Mi hijita, mi hijita linda, ¡nosotros que la cuidábamos como si fuera de cristal!”, lloraba la madre. El padre apenas hablaba; a cada rato se acercaba y me empujaba o agarraba por la camisa; eso era todo lo que hacía. La madre insistía en que aquella noche había regresado con “los pantaloncitos manchados de sangre”. Yo tenía miedo, sentía lástima por Elena y por sus padres y por su hermano; estaba deprimido, temía que me metieran en la cárcel. “La hemos cuidado, hemos consentido todo, como está tan delicada de salud.” En menos de un minuto la

madre cambiaba el disco y empezaba a insultarme: “Degenerado, hijo de puta, lo que ha hecho con mi hija no tiene nombre . . .” Y luego se pasaba la mano por la cara como si quisiera borrarse las facciones.

El hermano, como me lo había estado prometiendo llamó a una perseguidora y fuimos a caer en la estación. Yo ni sé qué número tenía: allí cerca de la loma del Príncipe. A un paso de la cárcel. Levantaron el acta mientras la madre lloraba a moco tendido, y el padre me agarraba por la camisa. El hermano lo hizo todo: levantó el acta, habló hasta por los codos; quería casarme allí mismo con Elena. Yo oía los campanillazos de la enorme máquina de escribir como si fueran pistoletazos. Cada vez que el carro llegaba al final de la línea sonaba el condenado campanillazo. Yo dije que sí a todo. Tenía la boca seca.

Me metieron en una celda de la estación con seis o siete tipos. Yo estaba encogido. No miré a ninguno a la cara. No sabía cómo portarme. “¿Si me insultan qué hago? No puedo dar gritos. Si soy chota me dan tremendo pase.” Yo miraba las paredes sucias y desconchadas. Uno, peludo y de ojos pequeños hundidos en la cara, se acercó y me preguntó: “¿Por qué te metieron aquí?” Dije la verdad; puse voz ronca, usé pocas palabras; le brindé un cigarro. Cuando vieron que era americano me cayeron todos enci-



ma. Me quedé limpio. “Tú no eres cubano”, dijo uno. Le dije que sí, que era cubano; no me creyó. No insistí: dije una mentira y una estupidez. “Mi madre es extranjera, francesa, y mi padre es cubano. Sabe. Yo he vivido muchos años fuera de Cuba.” Todo era mentira. Me oía hablar como si yo fuera otra persona diciendo eso en la cárcel y me sentí miserable. Inventé toda una historia para no defraudar la perspicacia de un ratero.

Me sentía desnudo, expuesto a una manera de pensar y actuar que para mí era totalmente ajena. Primera vez que caía preso. Me prometí no discutir con nadie, y usar siempre gestos rudos. Me revolqué en el suelo; así no pensarían que me preocupaba por mantener la ropa limpia, y no se notaría tanto la diferencia entre mi ropa neoyorquina y las camisas y pantalones, probablemente comprados en la calle Monte, que me rodeaban. Seguro que si me veían muy limpio les entraban ideas en la cabeza y entonces el violado sería yo.

Había un sordomudo en la celda. Gemía cuando hablaba y nadie sacaba en claro las señas que hacía. Tenía ojos desesperados; estaba frenético. Dijeron allí que lo habían cogido por tocarle las nalgas a una mujer. No era la primera vez. Era un tipo revejido, flaquito. Tenía esos ojos ansiosos de los perros, un poco húmedos y mudos como su garganta.

Tenía ganas de suicidarme. Nunca más quisiera caer . . . No puedo hablar de eso.

Temprano por la mañana sacaron a uno, el más alto del grupo, que se había puesto a cantar durante la madrugada “miénteme más, que me hace tu maldad feliz”. Creo que es la única vez en mi vida que he sentido envidia. Deseaba salir corriendo de la celda y de la estación. Estaba fatigado de tener a tanta gente a mi alrededor, mirándome, pensando mentiras de mí. No podía relajarme. Sudor y orines y humedad y mierda y halitosis. Todo era pegajoso e incómodo. Estaba desesperado por encontrarme solo, solo. Pensé que simplemente salir y caminar por la calle —como haría pronto aquel tipo alto— era la máxima felicidad. Andar por la calle libre, respirar y mirar a la gente y moverse me pareció toda la felicidad a que podía aspirar un hombre.

Después se llevaron a mis compañeros y me dejaron solo en la celda. Todos iban para el vivac del Príncipe. A las galeras. Un poco más tarde me llevarían al juzgado. Me sentí bien solo. El piso estaba sucio, las paredes húmedas y descascaradas; no había nada blando en toda la celda, y, sin embargo, me sentía bien. La gente es lo que me desespera. No aguanto estar mucho tiempo cerca de nadie. No hay nada más asqueroso que muchos hombres hacinados. Por eso tantos de nosotros sueñan encerrados en sus casas con andar solos por una playa desierta.

Un hombre solo es algo impresionante y muchos hombres juntos es algo deprimente.

Yo viviría encantado en una celda como el conde de Montecristo. Así cualquiera. Lo terrible es tener que convivir con cientos de presos y miradas y deseos. Miradas y deseos ajenos. Eso es la época moderna: hasta en las cárceles hay masas.

Decidí no casarme con Elena. No sé de dónde saqué las fuerzas para rechazar la trampa que me estaba tendiendo. Y tampoco creo en hacer nada por lástima. De pronto preferí la cárcel al engaño. Yo no quería casarme con Elena y estaba dispuesto a enfrentar las consecuencias. Me habían acorralado demasiado: no se le puede hacer eso a un hombre. Aunque la madre muriera de pena y el padre me siguiera sacudiendo la camisa hasta que se le cayeran los brazos. Aunque el hermano me entrara a golpes. No estaba dispuesto, sencillamente, a caer en otra trampa. Estaba en una celda, sintiéndome asqueroso, y no quería casarme con Elena. Eso lo decidí cuando me vi solo en la celda. Si hubiera seguido hacinado con los otros presos me hubiera casado por salir de la presencia de tantos camaradas extraños.

Me llevaron caminando hasta la Audiencia, detrás de la raspadura de la Plaza de la Revolución y de la estatua de Martí.

Yo dije que la muchacha no era virgen.

La madre seguía llorando, el hermano y el padre no podían explicar el caso. Era para echarse a llorar. Se referían a mí como el “occiso”, seguro que lo habían leído en alguna página policial. Se enredaban tratando de emplear la terminología legal. El hermanito dijo que yo había “profanado a su hermana a mansalva”. Yo era el único que hablaba con alguna coherencia. No sé cómo, pero expliqué las cosas con claridad. Eso me acabó de hundir. Enseguida el juez comenzó a tratarme como si yo, utilizando mi habilidad y cierta inteligencia diabólica, hubiera engañado a una infeliz —al “pueblo”; todo ahora es “el pueblo”. Me trató como a un criminal despreciable.

Comprendí que Cuba estaba al revés. O al derecho; es posible. Todo había cambiado. Antes yo hubiera sido el tipo respetable y ellos los desgraciados culpables. Ahora yo resultaba el miserable. Ellos, con su pobreza, su incoherencia y los prejuicios que arrastraban de la burguesía, eran todos unos señores respetables. Yo era culpable de mi educación.

Yo pedí que le hicieran un reconocimiento a Elena. Que la examinaran para determinar si yo la había violado o no.

Entonces salió la locura de Elena. La madre insistía en que Elena estaba loca. Así mismo, loca. Eso me acabó de convertir en un monstruo desalmado. Yo ya había descubierto que Elena

era algo anormal. ¡Pero quién no es anormal en esta época!

Recordé lo que dijo en el restaurante de la personalidad desdoblada.

La madre dijo que ellos eran una “familia decente”, que “mi pobre hijita está enferma . . . yo la cuido . . . este hombre es un degenerado, un monstruo, un criminal . . .”

Yo declaré que no sabía que la muchacha estuviera trastornada, que la conocí por la calle, que la enfermedad mental no se descubre a primera vista, que en ese momento estaba en pleno uso de sus facultades mentales, que eso no se veía a primera vista . . . El juez me mandó callar.

Poco antes del examen médico salió a relucir que Elena había sido alfabetizadora y luego becada del gobierno. Ya yo me veía perdido. Aguanté la respiración. El juez tomó nota.

Al final:

“Resultando: que de lo actuado en la presente causa parece que el acusado, cuyas demás generales y domicilio de auto constan, hubo de llevar a la menor de dieciséis años de edad, nombrada Elena Josefa Dorado, mediante el engaño, a su apartamento, en cuyo lugar gozó de la virginidad de la misma, no obstante encontrarse la misma perturbada de sus facultades mentales.

“Resultando: que al ser reconocida por los

médicos forenses de este juzgado, dijeron: que han reconocido en el local de este juzgado a Elena Josefa, la cual por su aspecto físico y sistema piloso y evolución dentaria representa tener de dieciséis a diecisiete años con los primeros cumplidos. Extensivo el reconocimiento a sus órganos genitales externos, presenta la ruptura completa del himen de fecha no reciente. Examinado su estado mental parece, por el reconocimiento e interrogatorio practicado a la misma, que disfruta de plenas facultades mentales.

“Resultando: que después de examinados sus antecedentes se comprobó que el 23 de agosto pasado, Elena Josefa fue detenida en el vestíbulo del hotel Habana Libre, por sospecharse que se dedicaba a la prostitución entre los visitantes extranjeros, por lo cual se recomienda su reclusión temporal en un lugar adecuado para su rehabilitación y tratamiento, por médicos especializados.

“Considerando: que estos hechos no revisten los caracteres de un delito de violación, previsto y sancionado en el artículo 482-A-B-2 del Código de Defensa Social y de lo actuado, no existen pruebas de criminalidad para dirigir el procesamiento contra el acusado.

“Visto el artículo 384 y demás de Aplicación de la Ley de Enjuiciamiento Criminal y la Orden 109 de 1899, se declara procesado y sujeto

a las resultas de la presente causa el acusado, y se decreta su inmediata libertad . . .”

No he vuelto a ver a Elena ni a su hermano o su padre y madre. Espero que no la hayan recluso. Yo soy culpable: ellos tienen la razón. Hay algo, una ética, algo, que me deja muy mal parado. Yo he visto demasiado para ser inocente. Ellos tienen demasiada oscuridad en la cabeza para ser culpables.

Las mujeres siempre me han dividido: me han dado los placeres más grandes y me han metido en los peores líos de mi vida. Sólo me siento totalmente cómodo con un libro, mirando un cuadro, en el cine; pero todo eso es de mentira. La mujer es un libro, una película y un cuadro, pero de verdad.

Lo jodido es eso: la naturaleza del hombre es bicéfala, no puede hacer nada bueno sin meter la pata, ni puede hacer nada malo sin beneficiar a alguien. Todo lo bueno también hace daño y todo lo malo nos hace bien al mismo tiempo. Algo así.

Me acosté después del almuerzo y enseguida se me cayó el libro de las manos . . . Desperté súbitamente como desfondado. No podía agarrarme

a nada; las cosas de la habitación, duras y frías, no tenían ninguna relación conmigo.

Duró sólo unos minutos, pero ha sido el ataque de angustia más violento . . . no, no fue un ataque de angustia, sino la ruptura más profunda que he visto entre mi conciencia y el resto del mundo. No puedo explicarlo adecuadamente; las palabras me traicionan, volviéndolo todo chato e insignificante.

Existe en la conciencia un temor arraigadísimo al aniquilamiento y a perder contacto con la seguridad de saber que “yo me llamo fulano de tal”, miedo a perder contacto con el placer y hasta el dolor de todo lo que tenemos y conocemos . . . Tengo que averiguar si existe algo más allá de ese abismo, del desamparo y el desconcierto total que me inundó. Si hay algo más real una vez que la mente ha dejado de embutirnos con ideas, deseos y emociones. Es un silencio que se manifiesta primero como terror, terror ante ese vacío-silencio-espacio, y no pude seguir.

Cada vez que la vieja me escribe del Norte me pone en la carta una barrita de chicle y una navajita de afeitar Gillete azul. Sabe que yo no masco chicle y que me afeito con una máquina eléctrica. Casi no entiendo la letra del viejo. Están locos. No les digo nada porque siempre contesto las cartas con sólo una tarjeta postal. Así no tengo que inventar noticias. Les digo que estoy bien, y ya.



Lo único que les he pedido es que me manden revistas y libros, pero nada. Cogen y me mandan latas de jamón y cereales y Nescafé y cartones de cigarros. Un desastre. No logramos entendernos.

Tengo la punta de la lengua irritada de tanto hurgarme una caries que me acabo de descubrir en una muela. De vez en cuando da unas punzadas terribles. Esta misma tarde voy al dentista. Voy porque le tengo más miedo a perder la muela que a “la maquinita”.

Me siento aliviado, aunque además de esta caries grande me descubrió tres más. No importa. Ya vencí el primer obstáculo, y lo más difícil del mundo es empezar las cosas . . . y saber cuándo terminarlas. En este caso depende del dentista. Tengo que volver el viernes. Desde que me senté en la silla empecé a lamentarme —“ah, ah, ah”— sólo de pensar que me podía tocar un nervio con la fresa. Es una especie de bola llena de púas como las que utilizaban en la lucha cuerpo a cuerpo durante la Edad Media, pegadas a un palo, con la diferencia de que los hombres en aquella época huían de sus golpes y hoy tienen que someterse voluntariamente a la tortura del dentista.

El miedo es siempre el mismo. Me estuve observando. El miedo surgió porque yo no quería

aceptar la realidad del dentista, quería salir corriendo; cuando logré aceptar que era inevitable me sentí tranquilo, ecuánime. Uno sufre porque no quiere sufrir. ¡Si pudiera dominar el miedo a las personas y a morir con la misma facilidad con que disuelvo el miedo a la fresa, sería otro hombre!

Mañana voy a ir a bañarme a la piscina del Habana Riviera, ahora creo que alquilan las cabinas a cualquiera. Cogeré un poco de sol; a ver si me sorbe los sesos.

Son las dos de la mañana y no puedo dormir. No me atrevo ni a recostar la espalda en la silla; muevo un poco los hombros y es como si me pincharan con un millón de alfileres. Tengo la piel ardiendo. Eso que llovió por la tarde.

Mientras tomaba el sol me fijé en la gente. La mayoría es exhibicionista. Los tipos atléticos desfilan con un refinamiento de película de horror. Primero hacen su aparición caminando despacio, con un paso entre la elegancia de la pantera y el bamboleo de los gorilas. Se ríen, saludan efusivamente a tres o cuatro personas esparcidas alrededor de la piscina . . . Lo verdaderamente maravilloso es cuando están a punto de bañarse. Se paran al borde mismo de la piscina con los músculos en tensión y cuando uno cree que van a zambullirse, dan marcha atrás . . .

esto lo repiten tres o cuatro veces. La fascinación desaparece cuando finalmente se tiran de cabeza: ya están en el agua. El momento que atrae más miradas es el instante preciso antes de lanzarse al agua; lo saben, instintivamente, porque no creo que puedan razonar su conducta. En las películas de misterio también el momento más electrizante es el instante antes de la aparición del monstruo o del asesino.

Los muchachos a veces juegan de manos. No se sabe si para impresionar a las damas o porque desean manosearse.

Había un cominito de mujer que se paseaba como si fuera una hembra sabrosa. Todo el mundo cree que tiene algo bonito. A lo mejor tenía un hermoso calcañar. No llegué a verle de cerca.

Todo es un verdadero espectáculo cuando uno no participa en el juego. Por eso me gusta tanto leer.

Me puse a observar las diferentes edades de la mujer. Hay un punto exquisito, entre los treinta y los treinta y cinco años, en que la mujer cubana pasa bruscamente de la madurez a la podredumbre. Son como frutas que se descomponen con una velocidad asombrosa. Con la misma velocidad vertiginosa del sol de la tarde cayendo en el mar.

Es un juego enloquecedor fijarse solamente en una parte del cuerpo de las personas; las ore-

jas, por ejemplo, o los vientres. Y ni hablar de las formas, posiciones y tamaños de los fondillos femeninos. La ese que forma el vientre y el culo de la mujer cubana llega en algunos casos a independizarse del resto del cuerpo, a tener su propia personalidad.

En general la gente me dio la impresión de animales desvalidos, indefensos, semilampiños, precariamente balanceados en dos patas . . . Creo, como los surrealistas, que la inteligencia y la imperfección física del hombre se deben a que es el feto prematuro de un mono.

Por la tarde una lámina de nubes grises cubrió el cielo. Ráfagas de aire sacudieron los cocoteros, arrastraron papeles, levantaron la falda de una vieja de pelo ceniciento. Me dio la impresión de estar viviendo en un mundo ficticio.

Un rayo zigzagueó y se hundió en el mar, los truenos rebotaban contra las paredes de las cabañas y la mole del hotel. Era un sonido hueco; como si estrujaran rocas de cartón en el cielo.

Así serán los sonidos de la guerra, pensé, y no pude dejar de imaginar una invasión retumbando como los truenos, rajando la isla como un rayo recorre un pedazo de cielo.

No me cabe en la cabeza. Lo único posible, para un hombre insignificante como yo, es la

resignación. Así me despejé la cabeza y me sentí ligero y tonto.

Algunas personas (parecían extranjeros) se bañaron bajo la lluvia.

Hoy llegué inclusive a cogerle gusto a la fresa, a darme cuenta de que el dolor no era tan grande, de que si no le ofrecía resistencia no pasaba nada y el dentista podía trabajarme las caries mucho mejor. El dolor es dulce.

Hace más de un mes que no toco estas memorias. Ahora las escribo en una libreta. Me molesta el estrépito de la máquina de escribir. Me recuerda el acta de la estación de policía.

Me paso horas asomado a la ventana, horas no, minutos; los minutos de hoy en día equivalen a las horas de nuestros abuelos que inventaron la expresión. Creo que mis abuelos pasaron su luna de miel en el hotel Trotcha. Desde aquí se ve perfectamente. Pienso que nunca los conocí cuando veo el edificio y recuerdo que los oficiales del ejército norteamericano lo utilizaron durante la primera intervención. En aquella época el Vedado debía ser puro campo. Lo más impresionante es el contraste con el hotel Riviera. El Trotcha es de madera, una parte, y el resto de mampostería colonial. Tiene sólo 2 pisos y el Riviera más de 20, de hormigón, casi

sin ventanas por el aire acondicionado. Dos épocas y las dos jodidas.

En el mar hay un barquito, se ve muy pequeño porque es el único que veo en toda la plancha azul grisosa. En algunos techos hay ropa tendida. Todo es tan aburrido, no sé por qué lo estoy describiendo. Ahora estoy mirando el pequeño cuadro de La Habana que le compramos a Portocarrero: es mucho más atractivo que la ciudad. Hay más colorido, está mejor compuesto. La Habana no tiene esos colores. La Habana es blanca, amarilla, está llena de colores pálidos, desvaídos o sucios: verdes, azules, grises, rosados. Hay edificios de todo tipo, no sólo coloniales con balcones y gruesos balaústres y vitrales y mamparas como pinta Portocarrero. Ha escogido lo que le interesa de la ciudad y dado los colores que tiene en su imaginación. Todo el mundo tiene una ciudad distinta en la cabeza.

Para mí La Habana es esto que veo desde la ventana. Son los álamos del Vedado y los pinos churriosos. El Trotcha es ahora una destartalada casa de huéspedes; veo a una mujer barriendo en la nave de madera, acaba de mover la puerta de persianas para barrer detrás. El balcón tiene los guindajos esos de madera bordada, algo entre carámbanos, copos de nieve vistos con un microscopio y manteles bordados por tías viejas. Pero la madera se ve gris y sucia y carcomida.

En un techo de ladrillo rojo hay ropa limpia

tendida secándose, huellas asquerosas del ser humano que todo lo ensucia y entristece. Un niño juega solo en una azotea, acaba de dejarse caer en el suelo después de correr dando vueltas. Se aburrió de correr y se tiró en el suelo.

Por la calle pasan las máquinas y la gente se ve pequeña. No oigo nada de lo que dicen. No me interesa tampoco. Me lo puedo imaginar.

¿Qué significa todo esto? ¿Para qué describo estas cosas? Me voy para mi estudio. ¿Qué sentido tienen los techos, el mar, la ropa tendida, la gente caminando por la calle, los edificios viejos, los edificios nuevos, los niños jugando, las palmas, y los álamos verdes?

Noemí me trajo hoy un montón de fotografías. Dijo que hacía tiempo que deseaba enseñármelas, pero que siempre se le olvidaban. “¿No será que te daba pena?”, le pregunté y se ruborizó. Son fotos de cuando la sumergieron para bautizarla. No es como yo me lo había imaginado. Nada es. La ropa blanca no se le pegó al cuerpo. Hay mucha gente, yo tampoco había pensado en la gente. Los testigos que siempre están en todas partes.

Busqué su nombre en la Biblia. Es la suegra de Ruth. Noemí, la mía, debía decirse ella misma, en lugar de aconsejar a Ruth: “Tiéndete a sus pies.”

El radio estaba sonando al otro lado de la cama; no podía entonces apagarlo sin abandonar por un momento el cuerpo de Noemí. Pensé pedirle que me abrazara fuerte y luego ir rodando hasta el otro extremo de la cama, alargar el brazo y apagar el radio. Pero no, cualquier cosa puede romper el hechizo de una situación. Mucho menos me sentía capaz de retirarme y volver después de apagar la música. Hasta el detalle más insignificante podía estropearlo todo. La música no me molestaba tanto como la voz de la cantante, me daba la impresión de que estaba con nosotros allí metida en la cama y eso me pasmaba. No podía concentrarme todo en Noemí.

Aquello había sido natural y agradable desde que me acerqué y le besé los ojos; cerró los párpados, invisibles cuando tenía los ojos abiertos. Le cogí las pestañas entre los labios. Eso fue abajo en la sala.

También me molestaba la estática de la estación norteamericana que sintonicé por casualidad tratando de que nada fuera brusco, de que todo fuera muy agradable, tan agradable como ya era para mí. Durante más de un año la había deseado. Su cuerpo era ligero, lo sabía ya, como si tuviera aire en los huesos como los pájaros. Tan ligera como la primera puta que tuve



adolescente y bobo entre mis brazos. Encima de todo Noemí creía en Dios. Me sentí joven.

Se lo dije. “No sabes cómo sufría cada vez que tendía tu cama”, me dijo. “No te burles de mí, pero muchas noches soñé que vivíamos juntos en esta casa y eso me bastaba, pensaba que nunca tendría más que eso, soñar que te abrazaba y entrabas en mí.” Sus palabras se mezclaban con la canción: *I hate to see that evening sun go down, I hate to see that evening sun go down, 'cause my baby has gone left this town.* Tratava de imaginar que Noemí era la voz que cantaba, que era su voz y no una voz extraña. *Feeling tomorrow just like I feel today. Feeling tomorrow just like I feel today. I'm going to pack my troubles . . .* Todo está bien, hasta la canción, siempre la tataba desafinado cuando me sentía feliz melancólico. Era una canción de pobres, como Noemí, de negros tristes. Todo, sin embargo, estaba bien.

Me movía lentamente, los resoplidos también se mezclaban con la voz alcohólica, carrasposa del disco. “Me molesta la música porque quiero tenerte para mí solo”, le digo con los brazos estirados apoyados a cada lado de sus hombros, encima de su cuerpo hasta la cintura, mirándola desde arriba en la semioscuridad. “Me tienes”, contestó. En el amor todas las estupideces son hermosas. “Yo no entiendo lo que canta ésa.”

Recuerdo el preciso instante en que suspendieron la canción. Noemí alzó la cabeza, con las puntas del cabello, corto y revuelto y más negro que el oscuro respaldo de la cama, tocando apenas la almohada, y me besó cuidadosamente. *Aggressive conduct, if allowed unchecked and unchallenged, ultimately leads to war . . .*

“¿Quién está hablando?” me preguntó Noemí después de detenerme, después de un rato. “Es Kennedy, creo . . .” Nunca retengo nada y recuerdo aquellas palabras: *I have directed . . . initial steps be taken immediately . . . a strict quarantine on all offensive military equipment . . . continued and increased close surveillance of Cuba and its military buildup . . . It shall be the policy this nation to regard any nuclear missile launched from Cuba . . . as an attack by the Soviet Union on the United States requiring full retaliatory response upon the Soviet Union . . . Now your leaders are no longer Cuban leaders . . . they are puppets and agents of an international conspiracy . . . Yours lives and lands are being used as pawn by those who deny you freedom . . .* O algo así. Y otras terribles.

“¿Qué dice?” Yo miraba fijamente la luz apergaminada del dial en la caja del radio. “No sé . . . Dice que hay cohetes rusos en Cuba.” “¿Qué es eso, mi amor?” me preguntó abrazándome pero ya yo no sentía nada. Estaba en-

tumecido. “¿La bomba atómica?” “Sí, la bomba atómica”, le dije. “Dice que tienen pruebas, fotografías. Dice . . . Supongo que invadirán los yanquis, los marines, bombardearán primero La Habana. No lo creo, cohetes aquí, en Cubita linda.” Noemí soltó el abrazo y exclamó: “¡Coño!”

Nos quedamos por un minuto mirando el techo. Lascas, monedas y astillas de luz entraban por varias rendijas de unas persianas entreabiertas. Lanzas de luz se movían por el cielo raso y los autos, abajo, en la calle, se oían pasar con más claridad que nunca, especialmente los frenos de aire de las guaguas.

Todo se acabó. Las cosas buenas siempre llegan tarde, cuando ya no se pueden disfrutar. Noemí a mi lado y yo no podía sentir nada tierno, sólo terror. En lugar de sentirme la piel sentía las costillas y los pulmones inflándose y desinflándose con dificultad. Estábamos desnudos en la cama, indefensos, dos animales sin pelo, sin músculos fuertes, sin protección, desvalidos. La sensualidad se convirtió en tristeza. Me sentí ridículo todo desnudo en la cama, despatarrado y con los pulmones inflándose y desinflándose con angustia. Los pequeños senos, el pezón negro de Noemí junto a mí me desbarataron.

Escribo por gusto. Todo sin sentido. No ha pasado nada pero me siento asfixiado. La gente

—acabo de regresar de una vuelta por la calle— se mueve y habla como si la guerra fuera un juego. Yo he visto las ciudades alemanas después de la guerra. Las ruinas como muelas cariadas en Berlín y Hamburgo. La gente chiquita, insignificante, respirando entre los escombros. Los mutilados. El hambre y el miedo y la pequeñez del hombre. No saben lo que puede pasar. Son unos locos. Tienen una serenidad admirable. Escribo para distraerme, para ver si puedo respirar un poco mejor. Miro las cosas del apartamento y no me dicen nada.

Estuve sólo un mes en Alemania después de la guerra. Fue a finales del 47; llevaba dólares y eso me convirtió en un rey. Pero no disfruté; ¡qué disfrutar!, no entendí nada. Tenía veinticuatro años y estaba enamorado. Fui huyendo de Hanna y me sentía jodido, judío para un horno crematorio. Traté de apartar los recuerdos. ¿Quién iba a meterse en la cama con una mujer alemana que vivía en una casa medio derruida, sin comida casi, con un hermano muerto en la guerra? Todo el mundo tenía un drama de esos picúos, pero real. Todo estaba mezclado. El primer golpe no lo puedo olvidar, lo tengo metido en la cabeza, nítido: Yo iba caminando por la calle y tiré al suelo una colilla. Enseguida tres o cuatro tipos se lanzaron al suelo para recogerla, ni sé de dónde salieron. Era un cigarro rubio americano. Me puse colorado. Hasta un gordi-

to con saco y corbata se tiró a cogerlo, tenía un tipo respetable, de *herr professor* alemán, y se tiró a buscar la colilla, con una maleta de cuero en la mano y todo. Yo estaba avergonzado de verlos. Levanté la cabeza, recuerdo bien, y vi unas ruinas: una habitación sin techo y con sólo dos paredes manchadas de hollín, verdes, de esas con unas guirnaldas rococó junto al techo.

Si detienen los barcos soviéticos que vienen en camino . . . ¡Nosotros tenemos bombas atómicas! Nosotros, cohetes. Es que no me lo puedo imaginar. Uno puede imaginarse un tiro, una puñalada, la explosión de una granada. No puedo imaginarme la ciudad de La Habana destruida, evaporada por una bomba de hidrógeno. Aquí no tirarían una bomba porque podría envenenar el aire de la Florida. Me siento como las vacas de la finca cuando llovía. Se quedaban inmóviles en medio del campo.

Todo lo que se me ocurre son tonterías frente a los hechos. Siento que todo es desproporcionado. Nosotros y el resto del mundo. La energía nuclear y mi pequeño apartamento. Todo es desproporcionado. “Los ex-ter-mi-na-re-mos”, dijo Fidel hace un rato. Cogió al toro de los cuernos. Está dispuesto a todo. Está loco. Sentí por un momento mientras hablaba, hablaba desde la única posición que podemos asumir. Estamos a la altura del mundo y no del subdesarrollo. Aho-

ra vuelvo a sentirme estúpido, insignificante . . . Me dejé arrastrar. Otros están decidiendo mi vida. No puedo hacer nada. No tengo control de nada. Si me acuesto a dormir puede que ya no me levante.

“Nosotros adquirimos las armas que nos dé la gana de adquirir . . . y tomamos las medidas que consideremos necesarias para nuestra defensa . . . ¿Cuáles son? No tenemos que decirles a los imperialistas . . . A nuestro país no lo inspecciona nadie. A nuestro país no podrá venir a inspeccionarlo nadie, porque jamás le daremos autorización a nadie, jamás renunciaremos a la prerrogativa soberana de que dentro de nuestra frontera somos nosotros los que decidimos y somos nosotros los que inspeccionamos y nada más . . . ¡Cualquiera que intente inspeccionar a Cuba debe saber que tiene que venir en zafarrancho de combate! . . . Si hacen un bloqueo van a engrandecer a nuestra patria, porque nuestra patria sabrá resistir . . . Nosotros somos parte de la humanidad y corremos esos riesgos, pero no nos atemorizamos. Tenemos que saber vivir en la época que nos ha tocado vivir y con la dignidad con que debemos saber vivir. Todos, hombres y mujeres, jóvenes y viejos, ¡todos somos uno en esta hora de peligro!” Todos somos uno, moriré igual que los demás. Esta isla es una trampa y la revolución es trágica, trágica porque somos demasiado pequeños para sobrevivir, para triun-

far. Demasiado pobres y pocos. Es una dignidad muy cara. No quiero pensar. Recuerdo cada frase de Fidel con claridad, hasta el tono, lo leí veinte veces para llenar el vacío, para tratar de distraerme y ahora lo quiero olvidar todo. Quiero perderme. Desaparecer. Me vuelvo loco. No quiero saber nada. No quiero recordar. No quiero tener una memoria inconsolable.

Salí, regresé. No soporto la casa ni la calle. En el malecón las olas salpicaban el muro. Una isla es una trampa, la revolución nos cogió a todos aquí adentro; no sentí ningún alivio mirando el mar. No se veía nada, me parecía ver los acorazados y portaviones grises pasar rozándome la cara. Primero seguro bombardean, ablandan y destruyen, pero el cielo estaba callado y yo todavía estaba vivo. De nada servía la seguridad del minuto, era un minuto sin futuro. Es ahora también un minuto sin futuro. Todo puede de pronto estallar en "llamas rugientes" y "brillante luminosidad" como dice la descripción monstruosa de la bomba de hidrógeno que acabo de leer. No pasa nada. Y todo es posible.

Caminé y caminé y de pronto sentí un rugido que se acercaba por el ancho malecón. El rugido parecía llenar toda la ciudad. Empezaron a pasar tanques, camiones remolcando cañones, cañones, bultos muchas veces incomprensibles y una larga rastra, casi interminable, una oscura lona cubriéndolo todo, algo grande. Se me aflo-

jaron las piernas, tenía miedo a otro arresto; de noche por el malecón, me acusarían de espía; ni siquiera miraba, oía sólo el rugido. Pensé que era un cohete, que era combustible altamente concentrado, que podíamos volar todos. Sentí un golpe en la pierna, di un salto, me agaché y recogí un pedazo de asfalto. Las cremalleras arrancaban lascas de asfalto en la oscuridad. Seguí caminando. Los últimos cañones pasaron apuntando hacia el camino que quedaba atrás conmigo.

Arriba las estrellas iluminaban puntos insignificantes en el cielo ahora cerrado. Las estrellas no reconfortan a nadie. Nos ignoran desde lejos. Son totalmente indiferentes. Nada tienen que ver con nosotros. ¡Cuánta mierda romántica destruye la revolución!

Pensar en bombardeos, en invasión, en sangre, en cadáveres apestosos, mutilados, corrompidos es peor que aceptar la destrucción atómica. Sí, prefiero que de pronto estalle todo en una brillante luminosidad, devorado, evaporado por las rugientes llamas antes que perder una pierna, desangrarme en la calle. Morir en el medio de una bomba limpia, como decía Eisenhower. Bomba limpia, sin mucha suciedad radioactiva por los alrededores. Antes yo creía que era una idea macabra y estúpida pero ahora me reconforta, es una situación estupenda, una muerte limpia, sin dolor y sin sangre.



Otra larga rastra pasó como un tren con otra enorme masa tapada por una lona opaca y grasosa. Me pareció ver una mano que me saludó.

Ya somos un país moderno, tenemos armas del siglo xx, bombas atómicas, cohetes, ya no somos una colonia insignificante, ya entramos en la historia, tenemos las mismas armas que tienen los rusos y los americanos. Nuestro poder de destrucción nos hace iguales por un momento a las dos grandes potencias. No nos podrán aceptar, estoy seguro, nos arrebatarán las armas, nos ignorarán, aplastarán la isla.

No he sabido nada de Noemí, ¿vendrá mañana? Mañana no me importa. No puedo amar a nadie, todo se ha paralizado. Me siento impotente para desearla. Terminó la vida, tengo que soltarlo todo: el mundo se abre debajo de mis pies, me hundo en el vacío, me vuelvo loco.

Anoche no pude dormir. Vuelvo de nuevo de la calle. Hay un norte muy violento. Las olas rompen y saltan por encima del muro, rompen contra los camiones y los autos, contra las rejas y las paredes picadas de las fachadas. El aire queda todo espolvoreado de agua. Hace frío. Varias explosiones de agua se derrumban sobre nosotros, regando pedazos de madera por toda la calle. Vi una mariposa en un solar yermo, y me pareció que todo se había detenido porque se iba todo a terminar en ese mismo instante. Volando por el aire parecía suspendida, muerta.

En la calle me siento peor, más vulnerable. Caminar no resuelve nada. Hay más peligro en la calle, yo no puedo hacer nada, cambiar nada. Soy una víctima. No puedo explicarlo, pero ver la mariposa es lo más terrible que he sentido y no sé por qué.

Llamaron por teléfono, parecía larga distancia y cuando descolgué oí una extraña conversación. “No le dije nada, ella no sabe nada. Vio que había mucho movimiento en el hospital.” Decía la voz masculina, la mujer insistió: “¿No te preguntó nada?” “Cuando pusieron unas mesas de madera en el pasillo, para poner cadáveres, era impresionante, Irene, unas mesas con una tarjetica y un cordelito, etiquetas para coger y amarrarlas al tobillo de los heridos, de los cadáveres, con un número o con un nombre o algo, eso me dijeron las enfermeras; cuando vio las mesas sí me preguntó.” “¿Qué le dijiste?” “Le dije que era un ciclón. Que había un ciclón.” “Sí, eso lo entiende ella mucho mejor, ella vio el ciclón del veintiséis y del cuarenta y cuatro pero nunca ha visto una guerra.” “Ni tú tampoco.” “¿Tienes miedo?” “Van a tener que matarme.” “No digas eso, por el Sagrado Corazón de Jesús, eso es provocar al diablo.” “No existen Dios ni el diablo, yo soy un revolucionario, los revolucionarios no creen en supersticiones religiosas.” “Debías al menos respetar . . .” “¡Patria o muerte! ¡Venceremos!” empezó a gritar. No

seguí oyendo, colgué el teléfono. Es la única reacción violenta que he oído en estos días. La gente, en general, está demasiado serena.

Volvieron a llamar, de nuevo con los timbrazos prolongados de larga distancia pero cuando salí no había nadie, sólo el zumbido hueco del teléfono. ¿Será Laura o los viejos que están tratando de llamar desde Nueva York? No voy a contestar. No quiero hablar con nadie. No tengo nada que decir, ¿qué les voy a decir? No quiero saber nada de nadie.

Después de colgar el teléfono fui a la cocina y saqué un poco de arroz que había en el refrigerador pero no pude tragar, los granos fríos de arroz no me pasaban por la garganta.

Quisiera, quisiera tantas cosas. Ojalá estuviera en el aire. Me molesta la tierra. Quisiera estar en un avión, de cualquier país, un Mig o un U2. Me da lo mismo.

Quiero agarrarme a las cosas y nada me importa. No sé lo que estoy haciendo. Acabo de meterme el pulgar en la boca y me he puesto a sonarme la uña con el borde de los dientes. Varios minutos así. El dedo salió con un hilo de saliva transparente. Me pareció por un momento que me observaban, me viré y no había nadie; me sequé el dedo en la tela áspera del pantalón de mecánico.

Lo quiero anotar todo. Todo lo que hago me parece raro. Extraje del bolsillo de la camisa

babosa una cajetilla blanca y azul, los cigarros rubios, Dorados. Saqué un cigarro y lo golpeé violentamente contra la mesa. La cabeza verde del fósforo se consumió con el fuego y por poco me quemo los dedos. Aspiro y absorbo una bocanada de humo caliente. Miro la punta de ceniza en el cenicero, el papel blanco. Cojo el cigarro, exhalo el humo por encima de la mesa, de los libros y los papeles. Un pedazo de picadura cae sobre la mesa.

Miro al suelo y veo una bolsa de basura, de pelo y telarañas y polvo, debajo del librero.

Me metí en la cama, apagué la luz: pero no puedo dormir. Los cohetes están ahí, en Pinar del Río, en Santa Clara, en Oriente . . . La isla parece que tiene cohetes por todas partes. Nos van a barrer, van a hundir al caimán en el fondo del mar Caribe. Luego pasarán los barcos por encima y dirán: "Aquí estaba Cuba." Y olas, y las corrientes, barrerán la isla hundida en el fondo del mar.

Ya el Pentágono debe tener listo el plan para destruirnos. Nos aplastarán sólo por el número de sus armas y de sus hombres. Y si los rusos lanzan los cohetes a lo mejor la Tierra se raja en dos. Todo por la isla de Cuba. Nunca hemos sido más importantes ni más miserables. Luchar contra Estados Unidos tiene grandeza, pero no quiero ese destino. Prefiero seguir siendo un subdesarrollado. No me interesa, no me atrae un

destino que para vivir tiene que enfrentarse a cada minuto con la muerte. Los revolucionarios son los místicos del siglo xx: están dispuestos a morir por la implacable justicia social. Soy un mediocre, un hombre moderno, un eslabón, una cucaracha insignificante.

Cualquier ruido me parece ya el fin del mundo. Una máquina que pasa por la calle, un motor que arranca, si tiran una puerta . . . Todos los ruidos son como el principio del fin. No puedo imaginar la destrucción atómica, es algo completamente desconocido. No sé cómo relacionarme con el fenómeno. Me convertiré en ceniza, en polvo, en vapor de agua. De nada me sirve protestar: yo vivo aquí y moriré igual que los demás. Así joden a cualquiera. Yo me veo entre las ruinas del Vedado, convertido en vapor . . .

No quiero dormir, ni tengo ganas de quedarme aquí. Voy a tomar un vaso de agua, comer algo; ni siquiera. Si salgo a la calle será peor. La gente, verla. ¿Para qué, de qué sirve agarrarme así?

Suelta, suelta.

Y sin embargo, no quiero morir, siempre queda la estúpida esperanza de romper, de ser feliz algún día. Del carajo. No aprendo. Ahora, ahora es lo único que tengo.

¿Por qué? Miedo a perder la mierda de mi

personalidad, mis recuerdos, mis deseos, mis sensaciones.

Este diario es inútil.

Subdesarrollo y civilización. No aprendo.

Me tomo demasiado en serio.

Todo lo que estoy diciendo es algo que me supura y me hunde. Sigo aquí. Vete.

Si no tiraran la bomba, si sobreviviéramos. La cabeza. No quiero. Me da lo mismo todo. Mentira, no me da lo mismo todo.

¿Y si ahora mismo empezara un bombardeo?

Todo se fuera para el carajo. Me enredo más. Gritar, gritar para qué. Para qué poner un signo de interrogación. Los puntos, las letras.

Aceptar, aceptar, aceptar. Ni siquiera eso. La cabeza es una trampa. Estoy amarrado. El pensamiento. Me separa de todo. Me, me nada. Sigo ahí, ahí, ahí. Todo me hace sufrir y es lo que no es.

Voy a morir y ya. Está bien, lo acepto. No voy a tratar de huir por las rendijas como una cucaracha. Ya no hay rendijas. Las rendijas y los agujeros y los refugios se acabaron.

La Crisis de Octubre ha pasado. La Crisis del Caribe. Nombrar las cosas enormes es matarlas. Las palabras son pequeñas, mezquinas. Si me hubiera muerto todo hubiera terminado. Pero

sigo vivo. Y seguir vivo es también destruir el momento de intensa profundidad. (¡Qué palabras más falsas!)

Quiero mantener la visión limpia y vacía de los días de la crisis. Las cosas y el miedo y los deseos me ahogan. Es difícil. Fuera de eso no tengo nada que añadir. He terminado. El hombre (yo) es triste, pero quiere vivir . . .

Ir más allá de las palabras.





# APENDICE



## JACK Y EL GUAGÜERO

—*Please, does this bus take me to the beach?*  
—preguntó Jack abriendo más los ojos azules tras los espejuelos.

—En la esquina —pidió una mujer con un uniforme blanco, rozándole las piernas a Jack con una jaba llena de aguacates.

—¡Dale ya! —y el guagüero golpeó tres veces la campanilla y luego, un golpe final seco.

—*Por favoar, does this bus take me to the beach?*

El conductor se detiene junto a Jack con la mano abierta:

—Son ocho centavos, faicén . . . ¿A dónde va usted? Yo no espique inglés.

—*Chico, I want to go to the beach, acua, you know* —dijo Jack pronunciando lentamente cada palabra—. *For Christ's sake, and I had Spanish for two years back in school. You know . . . All I can remember is acua, water . . . I'm probably pronouncing it wrong . . . You tengo un lapis, that's I have a pencil. No good.*

—Yo no entiendo, amigo —exclamó el conductor y, virando la cabeza hacia los pasajeros sentados, dijo—: Yo no entiendo lo que me está diciendo el americano este.

—*Don't amigo me, you know very well what I'm asking you, I WANT TO GO TO THE BEACH.*

—Mister, yu wan guman —dijo un hombre enteco de pie junto al conductor, sin soltar la barra del techo. La camisa blanca le colgaba por encima del pantalón ajustado en los tobillos.

—*Oh, drop dead!*

—¿Nadie sabe inglés aquí? —gritó una voz en el asiento a espaldas del chofer.

—*This is too much!* —exclamó Jack ajustándose los espejuelos y pasándose la mano por el cabello castaño—. *STOP THE BUS, I'm getting off* —y la revista cayó al suelo; en una página lustrosa, estrujada contra el piso empolvado, un creyón rojo se acerca a unos labios pálidos abiertos en una “o” sensual.

—¡NO ME GRITE!, yo no estoy aquí para aguantarle paquetes a nadie. No me pagan por saber inglés.

—*Oh, fuck yourself, you are all the same, ignorant bastards!*

—¡Ignorante lo será usted!

—Deja que se baje y le pregunte a cualquiera que sepa inglés —gritó una voz en medio de la guagua.

—*I better get off* —y Jack bajó el escalón de la puerta—. *He'll never understand me.*

—¡Solavaya! —exclama golpeando la campanilla violentamente; el cordón salta entre las argollas—. Si yo supiera inglés no sería guagüero . . .

—¿A dónde quería ir el americano ese? —preguntó un hombre apartando la cabeza de la ventanilla—. A lo mejor esta guagua le iba bien . . .

—Enseguida se puso a darme gritos . . .

—Es un extranjero, chico . . . —comentó una voz áspera.

—Los extranjeros, los cubanos, todo el mundo se cree que tiene la razón y que los guagüeros todos son unos sinvergüenzas. No es para tanto; peor estamos nosotros que tenemos que aguantar al público, a ustedes, todo el día.

—El tipo tenía razón para ponerse nervioso, ¡tú sabes lo que es montarse en una guagua en Cuba y no saber hablar español!

—Nadie tiene la razón, todo el mundo está equivocado.

## ¡ CRÉALO O NO LO CREA !

Ella sonreía inmóvil —los labios cuidadosamente pintados, la piel tersa, los ojos claros mirando hacia un lado— mientras el viejito prieto —una oreja enorme, la nariz contra el cachete blanco, el ojo entornado y turbio— la besaba inmóvil.

La foto cayó al suelo.

Eduardo se agachó gruñendo y la recogió. Aquí parece un chimpancé, pensó, pero en las otras parece un feto. Cuando está solo parece un feto.

Dio tres espacios con el pulgar en el tabulador de la máquina de escribir . . . El Jefe de Redacción insistió y Eduardo accedió a entrevistar al viejito Javier Pereira. Pensó que era una buena oportunidad para pasar unas horas fuera de la oficina. Una expedición de *Ripley's Believe It or Not* acababa de descubrirlo en los Andes colombianos.

Cuando llegó con el fotógrafo al hotel Manhattan Towers estaban pelando a Pereira. La figura arrugada hundía, embobada, la cabeza en el pecho mientras el barbero le pasaba la maquinita suavemente por la nuca. Eduardo vio varios mechones de pelo arenoso sobre la toalla que le cubría los hombros; pensó que el barbero estaba matándole las pulgas.

Por una puerta entreabierta vio a dos hombres comiendo en la habitación contigua. Una enfermera uniformada, blanca, almidonada, daba vueltas por la suite. Probablemente para impresionar, pensó Eduardo, para darle un aire científico al asunto. Esa noche presentarían al viejito colombiano por la televisión. Todo Estados Unidos tendría oportunidad de verlo sin salir de su casa o dándose tragos en cualquier bar.

—Emilio, tómale una foto así —dijo Eduardo al fotógrafo puertorriqueño.

Después del chispazo de luz el barbero preguntó si podían venderle una foto:

—*It's just what I was looking for. A wonderful conversation piece.* Es el tipo de cosas que me gusta poner en un marco y colgar en la barbería . . . Para los clientes, usted sabe —y sacudió la toalla en una esquina del salón. Varios mechones de pelo pajizo cayeron sobre el piso de madera pulida, entre la pared y la alfombra verde.

La enfermera se acercó con una taza de café y se la puso en las manos al viejo. Pereira comenzó a tomar el café mecánicamente, derramando un poco sobre la ancha corbata que le llegaba hasta la bragueta.

—*Take him drinking coffee* —dijo el empresario entrando en el salón con una servilleta en la mano—. ¡Asómbrense! Aunque ustedes no lo

crean el viejo se ha criado tomando café toda la vida. ¿Ustedes sabían eso? Tomando café colombiano. *It's the best coffee in the world.*

La cabeza llena de arrugas silbaba cada vez que sorbía un buchito a través de la dentadura postiza. Emilio se agachó y le tomó otra plancha.

—El viejo está fuerte como un toro —dijo el empresario limpiándose la boca carnosa con la servilleta desdoblada. Llevaba un traje brillante, de seda italiana. Miró indeciso la servilleta y abrió una gaveta de la mesa, bajo un espejo inmenso, y la escondió. Cerró la gaveta de un empujón.

El viejito continuaba tomando café y mirando al empresario.

—*Poor thing* . . . Debían darte una comida, especial. Papilla para bebidos y eso —dijo la periodista que acababa de entrar.

Seguro está a dieta, pensó Eduardo mirando el traje sastre, es una mujer a punto de podrirse. Casi vieja.

—No se dejen engañar —dijo el empresario sacando del bolsillo un palillo y metiéndoselo en la boca—, es más fuerte que un toro. Come de todo. No lo han visto todavía comiéndose un helado . . .

Aseguró que Javier Pereira tenía ciento sesenta y siete años. Un equipo de médicos de City Hall acababa de hacerle un reconocimiento ge-



neral y había declarado que indudablemente el viejo tenía más de ciento cincuenta años.

Emilio se sentó en una silla con los ojos entornados fijos en Eduardo. No pensaba, sólo hacía lo que le mandaban. Así se llevaba bien con todo el mundo.

Entraron varios periodistas y dos fotógrafos; la habitación se iluminó con explosiones de luz . . . El viejo se levantó colérico y trató de castigar al fotógrafo más próximo, que retrocedió antes de que pudiera agarrarlo. El viejo siguió manoteando en el aire.

—Cabrones, no me saquen más fotos, coño.

—*What does he say?* —preguntaron los periodistas.

—*He speaks maquiritare* —dijo el empresario—, es un dialecto indígena casi desconocido, pero hemos traído con nosotros a un intérprete, al doctor Gerard. El doctor Gerard lleva años estudiando las lenguas indígenas de Colombia.

¡Qué descarado!, pensó Eduardo; yo no digo nada. Desmentir al empresario sería una profanación; aparentemente no había oído cuando Eduardo le dijo que trabajaba para *La Prensa*, el periódico de habla española de Nueva York.

El doctor Gerard apretó la picadura con el pulgar, se acercó al grupo, encendió y apagó el fósforo en el aire. Chupó varias veces de la pipa:

—*He says that only the sun can shine like that on his face.* Los indios de esa región de los Andes

donde descubrimos a Javier adoran al sol por encima de todas las cosas.

En una esquina del salón, el empresario y el doctor Gerard hablaban con los periodistas y se cruzaban miradas rápidas en el espejo enorme.

Eduardo se acercó al viejo:

—¿No se siente usted extraño aquí? ¿No extraña Colombia?

—Cuando yo estuve en Cartagena yo vi una vista, ¡qué vista!

El viejo movió las manos en el aire tratando de borrar la habitación para recrear el paisaje de Cartagena: ruinas grises y mar.

—Yo tengo mucha plata —dijo golpeándose con la mano abierta el bolsillo del saco. Luego sacó una cartera imitación de cuero y extrajo unos cuantos pesos colombianos y un billete de cinco dólares.

—Las fotos no sirven . . . No se puede comprar nada con las fotos. Yo tengo mucha plata —y se volvió a guardar la cartera en el saco.

—¿Cuánto tiempo hace que está aquí? —preguntó Eduardo. Nunca se le ocurría preguntar nada inteligente en las entrevistas.

—Hace dos meses que estoy aquí . . . mañana me voy.

—Yo creía que había llegado ayer . . .

—No, hace dos meses.

—Está bien —dijo Eduardo sin creer al viejo y recordando que el empresario pensaba llevarlo alrededor del país antes de devolverlo a Colombia.

El empresario se acercó llevando del brazo a la periodista. Se le había ocurrido fotografiar al viejo con la rubia narizona. Ella sonreía.

—*The beauty and the beast!* —exclamó el empresario—. ¡La bella y la bestia!

La rubia le pasó sonriendo la mano por la cara. El viejo la empujó. Creyó que la rubia quería robarle la cartera. Se agarró el bolsillo con la mano. Por fin accedió.

—*He's so cute* —repetía ella para convencerlo—. Es tan simpático, tan mono.

El viejo le puso el brazo por la cintura y la mujer volvió a sonreír. La besó en la mejilla. En ese momento Eduardo sintió punzadas en los ojos por la venenosa brillantez de las cámaras.

—¡Pónganmela en una cama! —gritó el viejo. Emilio sonrió y luego se quedó muy serio.

Separaron a la pareja y el viejo comenzó a dar vueltas por la habitación.

—Yo me voy de aquí . . .

Esa tarde Eduardo no regresó a la papelería de las oficinas del periódico. Emilio, después de regalarle al viejo su reloj pulsera, se marchó a revelar las fotos. Se me olvidó, pensó Eduardo atravesando a pie el Parque Central, preguntarle por qué le había regalado el reloj. Miró

el perfil de los rascacielos al final del parque y pensó que Pereira estaba a más de seis mil kilómetros de los Andes.

Eduardo se inclinó y leyó de nuevo el recorte de periódico sobre la mesa. Quería cerrar el artículo para el suplemento del domingo con las palabras del abogado colombiano que reclamaba la propiedad de Javier Pereira. Había iniciado una demanda contra Ripley's. Su cliente era un hacendado de Medellín que aseguraba que el viejo le pertenecía porque vivía en sus tierras.

En una hoja muy blanca Eduardo escribió con letras grandes. ¿DE QUIÉN ES EL VIEJO? Lo tachó cruzándolo con una hilera de equis. Luego escribió: MÁS DE 167 AÑOS TOMANDO CAFÉ Y TODAVÍA LE GUSTAN LAS RUBIAS.\*

\*Pereira murió unos meses después de su regreso a Colombia. Murió y lo enterraron y hasta hay un sello de correos con el perfil del viejo.

## Y O D O R

Voy a enseñarle una cosa; quiero decir, eso es, si tiene un momento libre . . . Yo puedo volver más tarde.

A lo mejor va y le interesa. No sé.

Ayer no me creyeron. Me puse a contar, vaya, cómo fabriqué a Yodor. Y la repercusión nacional e internacional que tuvo; ahí está, no estoy inventando nada. Ahí mismo lo puede leer en los recortes esos de periódico. Mis padres por un tris no se murieron de un ataque al corazón cuando lo vieron hablando con mi propia voz.

No me creyeron. Ellos no tienen la culpa; cualquiera que me ve piensa que toda mi vida he sido un culo, un tipo incapaz de producir un monstruo como Yodor.

Y eso que no está completo. Yo tenía un álbum mucho más completo, pero me lo perdió el americano que hizo la gestión para que Yodor pudiera entrar en los Estados Unidos. Su ambición principal era caminar por las calles de Nueva York. ¡Si lo hubieran dejado pasearse por la Quinta Avenida!

Roberto vio a Yodor en el parque Colón, allí yo lo exhibía; su padre lo llevó, se acordó en cuanto vio las fotografías.

No, no, el otro Roberto. El ebanista no dijo nada. El dibujante, el que trabaja conmigo.

Eso que ayer Roberto me llamó mentiroso.

Hablaba, fumaba y caminaba. Ya verá usted más adelante los recortes. No, no, si hasta recibí la felicitación de un congreso de técnicos de radio que se reunió en La Habana por esa fecha. Yo hice, aquí donde me ve, el primer robot del mundo que caminaba.

Usted se burla de mí . . . No, no, si a mí no me molesta. Ya estoy acostumbrado. Hasta mi mujer. Nunca hablamos de Yodor.

Usted verá cómo se me ocurrió. Yo siempre pienso cuando estoy dibujando. De todo esto hace años. Yo era el director artístico aquí de una revista, no sé si usted la conoce, era muy famosa allá por los años veinte, Metropolitana. ¿La conoce? Esa misma. Yo era el director artístico y un día se me presentó la oportunidad de un trabajo en Nueva York, como dibujante de una agencia de publicidad. Trabajaba hasta las mil y quinientas todos los días y me pagaban, me pagaban ese tiempo extra. No tenía nada que hacer en Nueva York; había mucha gente, sí, pero yo no conocía a nadie. Dejé aquí a la mujer y a los hijos. Un día dibujando y pensando en las musarañas se me ocurrió hacer algo raro, algo que nadie hubiera hecho antes, algo que atrajera a la gente como moscas. ¿Usted no sabe lo que representaba, le hablo de

allá por el año mil novecientos treinta, salirse con un muñeco mecánico que camina, habla y fuma!

Nada de eso. Yo no pensé en nada de ciencia ni descubrimientos. Yodor era un truco estupendo para anunciar cualquier cosa. Eso fue lo que pensé. La gente iría a ver al muñeco, a preguntarle cosas, y el muñeco entonces entre respuesta y respuesta ¡pam!, colaba la propaganda a una marca de cigarros, a una bebida. A cualquier cosa. Era una propaganda diferente.

Solo, yo solo. No consulté con nadie.

Yo regresé de Nueva York con tres mil pesos ahorrados. Eso ahora no es nada. Entonces era un verdadero capital. Con ese dinero yo podía haber puesto un negocio, hasta un negocio como esta mueblería. Yo tenía una sola idea en la cabeza: Yodor, Yodor, Yodor . . . Pensaba en lo que sería el muñeco y temblaba de una emoción extraña. Mi mujer quería comprar una casa en el Vedado. Yo sólo veía delante de mí al muñeco. Ya tenía miles de dibujos. Tenía que hacerlo. Si no lo hacía reventaba.

¡Si yo no se lo cuento a nadie! Me pasé después años sin hablar de Yodor. No se lo había contado, además, porque pensé que no le interesaría. Total.

Sí, ése soy yo hace más de veinte años. ¿No me reconoce? Salí en todos los periódicos. Hasta en La Semana Cómica. Ya verá la caricatu-

ra. Decían que Batista manejaba por detrás a todos los ministros y al presidente mismo; entonces era, yo creo, Laredo Brú, Bururú le decían . . . Permítame. Déjeme buscárselo. No ve, le ponían el cuerpo de Yodor y la cabeza de los ministros. Cuidado, que el papel está muy viejo y se rompe de nada. Batista manejaba a los ministros como yo manejaba, sin que me vieran, a Yodor. Batista no ha cambiado, yo sí. Estoy hecho tierra y él sigue pegado al jamón. El robot se fue para el carajo. Ya nadie se acuerda de Yodor.

¡Qué va! Yo nunca me metía en política. Cada vez que le preguntaban algo a Yodor sobre la política, cambiaba la conversación y hablaba de pelota. Eso sí, de pelota sabía mucho. ¿Usted cree que yo soy bobo? Si hablaba de política ahí mismo se me jodía el muñeco. O me jodía yo, que es lo mismo. Seguro que me daban tremenda entrada de golpes. Igual que ahora.

Más de dos años me pasé haciendo el muñeco. Y yo seguía, mientras tanto, trabajando en Metropolitana. Pieza por pieza. Tuve que diseñarlo desde los pies hasta la cabeza. Empecé dibujando cada detalle; lo más difícil fue las articulaciones de las piernas. Dése cuenta de que el robot pesaba una tonelada; tenía un giróscopo para mantener el equilibrio. El mismo principio del giróscopo. Un autómeta de verdad tiene que caminar, si no, no es un autómeta.



Cuando una pieza no servía había que fabricarla de nuevo. Dibujaba exactamente lo que necesitaba y me iba a un taller que había por la calle Aguacate. El cuarto se me llenó de piezas y aparatos. Ya mi mujer y yo no teníamos espacio en la habitación. No cabíamos los tres. Tuvimos que salir y dejarle todo el cuarto a Yodor. Dormíamos en la sala.

Bien que protestaba. Usted no sabe las descargas que he tenido que soportar. Ahora es que me doy cuenta, porque mientras lo estaba componiendo no pensaba en otra cosa. Todo era para Yodor.

Dése cuenta que yo solo, aquí en Cuba, sin saber nada o muy poco de mecánica de radio, lancé al mundo el primer robot completo. De verdad. En todo el mundo no había otro igual.

Ahora los venden hasta en las jugueterías, para los niños. El año pasado le compré uno para los Reyes Magos a mi nieta, se llamaba Robie, pero mi mujer, en cuanto lo vio, lo botó. No sé dónde lo metió; lo desapareció. Hasta busqué en la basura. Me había costado quince pesos.

Eso mismo, un Frankenstein, eso es lo que hice, usted mismo lo ha dicho, un Frankenstein de esos.

Lo inventé. Igual que Yodor puedo inventar un montón de nombres. Tengo facilidad para inventar nombres. ¿No lo cree? ¿Quiere que le

invente unos cuantos nombres? Así de la nada: Aisú, Chócolo, Belba, Leimo, Tranquisuto, Pla, Nicelina, Cateca, Tutturaca, Chojú, Ninnán, Chechujo, Tincatún . . . Y así puedo estar inventando nombres horas y horas. Me salen solos. A veces, sin darme cuenta, empiezo a darles nombres extraños a las cosas. Usted puede creer, yo nunca le llamo “la mueblería” a esto; siempre lo llamo el cajolero.

No, no sé. No lo puedo explicar. Y a mi hija, no sé por qué, siempre le digo Ompica. Ompica para acá y Ompica para allá y no sé de dónde saqué yo ese nombre. Y verbos también, como racionalipichar, gatar, yoder, venchar, rochelear . . .

La primera exhibición se la hice a mis padres. Ya murieron; entonces eran dos viejitos. Los senté, sin decirles nada, en la sala y me fui. Por control remoto hice que Yodor saliera del cuarto y caminara hasta la sala. No, no, eso no fue lo que los asustó. Primero se echaron a reír . . .

Lo sé porque mi mujer estaba con ellos y me lo dijo después.

Ahora, en cuanto empezó Yodor a hablar pegaron un brinco. Cuando oyeron que el muñeco hablaba con mi propia voz empezaron a gritar: “¡Sal de ahí, Paco, sal de ahí!” Yo estoy en la azotea y oigo los gritos. Les dije que se calmaran pero no podían. Se abalanzaron sobre el monstruo y empezaron a tirarle del brazo de

lata. Mi madre acabó abrazándose a Yodor. Tuve que bajar corriendo de la azotea.

Entonces se me ocurrió abrirle un agujero ahí en el pecho; no lo ve, ahí se ve en la fotografía, para que la gente no pensara que había un hombre adentro. Por eso le puse la ventanita esa.

¿A que usted no sabe por qué tiene esos agujeritos? En la estrella. El amplificador, por ahí sale la voz.

Otro día invité a la prensa. Vinieron sólo tres o cuatro periodistas. Eso que mandé invitaciones a todos los periódicos. Al principio estaban un poco escamados. Creían que había gato encerrado. Eso que para terminar la exhibición Yodor bajó las escaleras, yo vivía en un primer piso, y caminó por la acera. Hasta cruzó la calle. Enseguida se formó un molote y tuve que llevármelo para la casa.

Sí, Una sola vez. Un muchachón del barrio; eso fue mucho después, porque al principio pensaron que Yodor era un superhombre. Muchos muchachos de por ahí salían corriendo cuando bajaba las escaleras. Pero como todo: le perdieron el respeto. Se dieron cuenta de que no puede hacerles daño. Este muchachón que le digo, hijo de Chiqui, la íntima amiga de mi mujer, le puso un día un traspie y naturalmente el muñeco cayó despatarrado en la calle.

No. No le pasó nada. Una pequeña abolladura en un costado. Nada de importancia. Le di

una mano de pintura de aluminio y quedó como nuevo. Eso sí, empecé a vigilar al muñeco, a la gente que tenía alrededor, porque pasado el miedo pensaban siempre en hacerle alguna maldad. Es como cuando de muchacho le perdimos el respeto al cura y un día entre nosotros apostamos a ver quién se atrevía a tirar una piedra dentro de la iglesia. Lo hicimos y no pasó nada.

Sí, sí, a lo mejor Yodor es mi castigo. Un castigo un poco bestia, un poco exagerado, porque yo no tiré la piedra, fue Tito. Tito era ñato.

A la otra semana volvieron los periodistas. Me pidieron que les diera otra demostración. Esa vez vinieron como veinte y trajeron varios ingenieros y técnicos de radio.

Al día siguiente estaba en todos los periódicos. En primera plana. Ya esos recortes los vio, están al principio del álbum. Esos mismos. No ve.

Me dije: "Bueno, estás hecho." Ya me habían lanzado. Ahora venía lo sabroso, ¡cosechar lo que había sembrado en tres años de trabajo! Enseguida llevé a Yodor a la Alfred Tobacco Company. Allí se entusiasmaron, especialmente cuando en medio de la exhibición que monté Yodor pide un cigarro. Yo tuve que arrimarle la candela, pero en cuanto salió el humito ese azuloso vieron las enormes posibilidades publicitarias del muñeco. El americano que estaba mirándolo todo dijo muerto de risa que aquello dependía de la marca de cigarros que fumara

Yodor, porque si fumaba Partagás la compañía no estaba interesada. Entonces Yodor exclama: "Yo fumo sólo Chester, porque no me oxidan la garganta."

El americano escribió a la compañía. Enseguida respondieron, a la semana, ofreciéndome diez mil pesos al mes por la exclusividad del autómata. Prometieron mandarme un contrato, para empezar, por un año. Soñaba todas las noches con Yodor caminando por las calles de Nueva York.

¿Cómo? No podía soñar con otra ciudad; no conocía otra ciudad de los Estados Unidos.

Entonces apareció el otro muñeco. Los laboratorios de la Westinghouse habían fabricado y patentado un robot que también hablaba y fumaba. Me mandaron hasta una foto del otro muñeco; tenía un nombre comemierda, pero no lo recuerdo. Por ahí está.

Ese mismo, Elmer, así mismo se llamaba.

¿Lo vio? Fíjese bien . . .

Yo me di cuenta enseguida de que Elmer era un muñeco paralítico. Se pasaba la vida en una silla. No caminaba. Mandé como diez cartas explicando la superioridad de Yodor, el primer robot del mundo que caminaba. Me contestaron que no se trataba de vender zapatos, sino cigarrros.

Pensé de todas maneras irme con Yodor a los Estados Unidos. Estaba seguro de que allí ha-

blando con la gente —quería enseñarles el pasito elegante de Yodor—, podría convencer a los fabricantes de la superioridad del mío. Entonces averigüé que había una patente que protegía durante cinco años al muñeco de la Westinghouse contra todos los competidores que supieran fumar, aunque caminaran. ¡Cinco años tenía que esperar para llevar a Yodor al Norte!

¡Qué averiguar ni averiguar! Yo pensé que nadie tenía un muñeco así, no había visto ninguno . . . Nada, que metí la pata; me equivoqué. Me jodieron. Ahora, la Westinghouse tenía un montón de ingenieros, todo el equipo más adelantado, no tenía que preocuparse por el dinero y yo, solo, con tres mil dólares, sin ningún título ni nada, un pobre cubanito de Güira de Melena, dibujante, eso es todo lo que soy, y nunca lo estudié, así y todo hice un muñeco que fuma, y habla como el americano, y, encima de eso, camina.

¿Qué iba a hacer? Empecé a dar exhibiciones por ahí, en el parque Colón. También en el teatro Campoamor. Pero eso no me resolvía nada. Usted no sabe lo que cuesta mantener a Yodor. Más que un negro congo. Y el esclavo era yo. Vivía siempre pendiente de las necesidades de Yodor. Cada semana se le rompía una pieza, como eran tan delicadas y especiales, y de nuevo tenía que dibujar el diseño y mandarla a fabricar. Cualquier reparación me costaba un chorro de pesos. El transportarlo . . . Vaya, para trans-

portarlo de un lugar a otro tenía que alquilar un camión, recuerde que pesaba una tonelada.

Yo me voy, no se preocupe, yo me voy . . .  
Ya le he dado mucha lata.

¿De verdad?

En Cuba no podía vivir Yodor. Aquí entonces había sólo dos o tres compañías grandes que podían alquilar a Yodor para su propaganda. Estaban los gastos de mantenimiento y transporte, eso era de mil o mil quinientos pesos al mes. Ofrecí alquilarlo por tres mil pesos al mes. Pensaba en Bacardí y Crusellas y Sobatés y para de contar. Tenía casi convencida a la gente de Crusellas; estaban a punto de firmar el contrato cuando Guastela se metió por medio y me jodió el negocio. Les llenó la cabeza de boberías a la gente de Crusellas; les dijo que él por ese mismo dinero les hacía una campaña de publicidad por la prensa y el radio. Además, varios programas espectaculares en el teatro Alcázar. Nada, que me tumbó el negocio. Después no cumplió ni la mitad de lo que les prometió; y se metió dinero cantidad. Pero Guastela tenía más facilidad de palabra, más contactos, y yo sólo tenía a Yodor.

Luego pensé en alquilarlo a dos patrocinadores. Yo tenía uno, la Gravi. La pasta de dientes Gravi estaba interesada, pero nunca encontré al otro anunciante. Tuve que conformarme con llevar al robot en gira por toda la Isla. Conseguí

un camión destartado y me lancé con un socio por la carretera.

Exito total. En cada pueblo que llegaba era una sensación; alquilaba el mejor teatro y daba una o dos exhibiciones.

Dependía. Se formaba cada molote cuando yo llegaba al pueblo . . .

No, tuve que pedir un permiso especial a la policía. Fui a ver al general Ezequiel Piedra. Yo quería permiso para pasear a Yodor por las calles. La policía lo había prohibido después de dos tumultos que se formaron en Prado. Me dijo que Yodor era un muñeco muy problemático porque provocaba desórdenes públicos. Yo le insistí en que Yodor no entendía nada de política. Pero él aseguraba que los enemigos de la patria se aprovechaban del “muñeco de mierda” para sus ataques contra el gobierno. Dijo que no lo podía permitir. Entonces le di tremenda coba . . . Le insinué que todo el pueblo de la Isla estaba ansioso por verlo, qué iban a pensar . . . Eso sí, no le ofrecí ni un centavo. Por fin accedió, me dio un permiso especial para exhibirlo en los parques y puso a mi disposición dos policías en cada pueblo donde actuara Yodor. “Yo no sé qué le encuentra la gente”, me dijo ya mientras se despedía, “yo hago todo lo que hace Yodor, y mucho más, y nadie paga dinero por verme”.

A todas partes. ¿No ve los programas? Este



es de Bayamo. En Oriente me metí por todas partes, hasta por caminos de tierra. El camión era un cacharro, y no olvide que Yodor pesaba una tonelada. Así y todo me metí hasta donde el cepillo no toca. Una vez me embarcaron. Me dijeron que cogiera por un camino de tierra, un terraplén estrecho, por donde sólo cabía el camión: y el camino terminaba en un potrero. Sin más ni más se acababa en medio de un potrero. Me dijeron que era el camino más corto. Creo que fue por cerca de Banes. Ya habíamos avanzado como cinco kilómetros. Tuvimos que volver en marcha atrás. Yo iba detrás con Yodor, dándole instrucciones al socio que iba manejando. Me sentí . . . Nunca me he sentido más miserable. Yo miraba la carretera y a Yodor todo cubierto de tierra colorada, y recordaba que una vez había soñado con pasearme con el muñeco por las calles de Nueva York, entre las aclamaciones de la gente que nos tiraba confeti, como en los noticieros, desde los rascacielos. Y estaba saliendo marcha atrás por un camino de fango en medio de la selva, porque aquello era pura selva. Sólo faltaban los leones.

En todos los pueblos, eso sí, la gente llenaba los teatros. Al principio, en un pueblo de la provincia de La Habana; Batabanó, no sé, no recuerdo; el caso es que sólo fue una persona al teatro, una sola. Fue la única vez que me pasó.

No, ¡qué voy a suspender yo la función! Le di

al tipo ese la mejor exhibición que dio Yodor en toda su vida. Ese día estaba ocurrente. Camina por el escenario para arriba y para abajo, fuma y contesta a las preguntas. El individuo salió convencido de que Yodor era un marciano. Le habló de Marte como si fuera un astrónomo. Yo no sé, creo que lo había leído en Bohemia; el caso es que cuando le preguntó a Yodor que por qué era de hierro, dijo que en Marte no había agua, que todo era de hierro, que nada era flexible y blando como en la Tierra. El tipo quedó boquiabierto. Estoy seguro de que nunca en su vida había presenciado un espectáculo como ése. Aquello no era un espectáculo, era la realidad. Hasta yo creí esa noche que Yodor era un marciano.

Después no supe qué hacer con Yodor. Sí, era famoso, todo el mundo lo conocía, pero yo estaba escachado. Yo no quería ser famoso ni salir en los periódicos, yo lo que quería era hacer dinero.

Acabé alquilándolo para fiestas de cumpleaños. Me alquilaban como alquilaban a Mandrake el Mago y a los payasos. Trabajaba con tipos que ni siquiera podían ganarse la vida en los circos de mala muerte y los espectáculos. Los niños se burlaban y reían más con Yodor que del payaso, se lo juro.

Me negué a sacarlo de la casa. Entonces di con un abogado americano, un tipo que habla-

ba español de lo mejor, que me dijo que él iba a llevar el caso de Yodor a los tribunales. Hasta la Corte Suprema de los Estados Unidos, así mismo decía, si fuera necesario. Yodor tenía que caminar por las calles de Chicago, San Francisco, Washington . . . Ese fue el que me perdió el álbum que yo había ido llenando con todo lo que se publicó sobre Yodor, hasta tenía las transcripciones de los programas de radio. Era un álbum completo. Me lo perdió. Ese que tiene usted ahí no tiene ni la mitad de las cosas que salieron sobre Yodor.

Daba en la casa, de vez en cuando, algunas exhibiciones, para no perder la costumbre. Pero nosotros vivíamos en un primer piso y la casa retumbaba de tal forma cada vez que Yodor caminaba que los vecinos fueron a protestar al dueño de la casa. Ya casi nunca sacaba a Yodor del cuarto. Nosotros dormíamos en la sala y Yodor se posesionó totalmente de nuestra habitación. Lo dejaba siempre allí parado frente al espejo.

La última vez que salió fue porque los curas del colegio Belén me lo vinieron a pedir, me rogaron que lo llevara a una tómbola que iban a dar; no sé para qué, creo que para recoger dinero para las misiones, o para las escuelas parroquiales, alguna matraca de esas.

Un día mi mujer me dijo con rabia: “Y pensar que tú has gastado tres mil pesos para hacer esa mierda.” Me lo dijo con saña.

El muñeco ya no existe. Le entré a hachazos. Un día cogí un hacha y lo hice pedazos. Lo desbaraté.

No, no, fui botando las piezas poco a poco. El basurero se negó a llevárselo todo de una vez. Todos los días echaba en la basura un montón de piezas.

Sí, ya sé que hay gente que trata de hacer lo mismo y fracasa. Pero es que a mí no me importa la fama. Fui famoso por un año, ¿y qué? Míreme ahora. ¿Usted pensó alguna vez que yo, Paco Torres, fuera capaz de construir el primer robot del mundo que caminaba?

Yodor era muy grande para Cuba, muy caro, era un muñeco incosteable.

## I N D I C E

Memorias del subdesarrollo . . . . . 7

### Apéndice

Jack y el guagüero . . . . . 137

¡Créalo o no lo crea! . . . . . 140

Yodor . . . . . 147

IMPRESO Y HECHO EN MÉXICO  
PRINTED AND MADE IN MEXICO  
EN LOS TALLERES DE  
LITOARTE, S. DE R.L.  
FERROCARRIL DE CUERNAVACA, 683  
MÉXICO 17, D.F.  
EDICION DE 5000 EJEMPLARES  
Y SOBANTES PARA REPOSICIÓN  
20-III-1980





*serie del volador*

NOVELA

RELATO

CUENTO

ENSAYO

POESIA

TEATRO

**MEMORIAS DEL SUBDESARROLLO** es un libro que tuvo enorme repercusión en nuestro Continente al aparecer en su versión original como una de las primeras muestras de narrativa revolucionaria cubana. Su tema es sencillo, como el estilo narrativo, pero el problema que plantea es uno de los más difíciles de afrontar por un hombre de clase media: la percepción paulatina de una realidad en proceso que se va imponiendo al participante de la Revolución, cuya mentalidad pequeño burguesa intenta negar infructuosamente. Se llega así a rechazar lo que en un momento anterior se consideraba casi como un absoluto y a adoptar una nueva actitud frente a la propia vida y a los acontecimientos que la rodean, abandonando una serie de esquemas y formas de comportamiento que la Revolución y las nuevas circunstancias han hecho obsoletas.

*Memorias del subdesarrollo* ha sido filmado en La Habana y en esta versión del libro se incorporan textos que no aparecieron en la edición original.

JOAQUÍN MORTIZ